



Joaquín Calvo-Sotelo

Una muchachita de Valladolid

Comedia en dos partes, cada una de ellas dividida en dos cuadros, y un epílogo

PERSONAJES

MERCEDES.
ALEJANDRA.
OCTAVIA.
VICTORIA.
LUCHI.
PATRICIO.
ÁNGEL.
RAIMUNDO.
FRUTOS.
RUIZ ANOY.
ARENALES.
FROILÁN.

Comedia estrenada en el Teatro de la Comedia de Madrid, la noche del 10 de abril de 1957.

La acción comienza el 1 de marzo de 1955 y concluye unas semanas más tarde. Los términos derecha e izquierda van referidos al espectador y no al actor.

Parte I

Cuadro I

La escena representa la sala de estar de la residencia del Ministro de España en la capital, de un imaginario país hispanoamericano. Aquí sí que con absoluta razón puede decirse que cualquier coincidencia con situaciones o figuras reales será puramente casual y no deliberada. La sala de estar, en la que transcurre la acción de *Una muchachita de Valladolid* ha sido decorada con un gusto moderno y sencillo. La casa a la que pertenece se la supone instalada en un barrio residencial y probablemente un poco en las afueras de la ciudad. El foro, con una gran puerta de cristales de dos hojas, da a un jardín, al que se desciende por una pequeña escalera de tres o cuatro peldaños. En segundo término, inmediatamente antes del foro, la sala aparece abierta a derecha e izquierda. La derecha da a la salida de la calle y a la Cancillería. La izquierda, a las habitaciones interiores. Aun cuando en el texto de la comedia se hace referencia a las puertas que se cierran y se abren, no necesitan ser vistas por el espectador, y nada se opone a que ese juego escénico, en las ocasiones en que el diálogo lo exige, se haga de una manera simbólica, o, inclusive, iniciando el mutis el actor en cada caso. En primer término, y a ambos lados, se ven cuadros, grabados y una consola en la izquierda que, en su momento oportuno, será reemplazada por un aparato de radio. Frente al espectador hay un tresillo; delante del sofá, una mesita baja, y detrás del sofá, otra más alta con un teléfono. Se atribuye al país en el que la acción se desarrolla un clima de eterna primavera; en consecuencia, todos los actores y actrices deberán vestir trajes ligeros y de colores claros.

NOTA IMPORTANTE: Los personajes MERCEDES, OCTAVIA, PATRICIO, ÁNGEL y FRUTOS hablan con acento español. Los restantes, con acento

hispanoamericano. Este acento hispanoamericano deberá desdibujarse todo lo posible, de la misma forma que en el diálogo también se ha procurado evitar toda precisión geográfica. Solamente FROILÁN deberá hablar, en su breve intervención, con acento argentino.

Al levantarse el telón, ÁNGEL en escena. ÁNGEL es tercer Secretario de Embajada. Es un muchacho simpático, despistado, servicial y bueno. Simultáneamente suenan, de un lado, el timbre del teléfono, y del otro, lejanamente, pero con positivo estruendo; una radio. Nada concreto transmite esta; sólo una mezcolanza imprecisa de voces en diversos idiomas, de músicas y de ruidos sin nombres. ÁNGEL habla, o, mejor, escucha, con positiva dificultad.

ÁNGEL.- Dígame... Sí, sí, aquí es la Legación de España... Le escucho... Mejor dicho, a medias solamente... No, no, el aparato está bien. Es que... Dispense un momento. (Deja el teléfono; va a la puerta de la izquierda y la cierra. El ruido de la radio, aunque no cesa, llega ya un poco amortiguadamente.) Ahora es otra cosa. Dígame, por favor. Sí, sí, La Legación de España... No, no, el señor Ministro no se encuentra en el país. Llega mañana... La hora no la sé con exactitud... Entre las cinco y las seis, me parece a mí... Muy bien; telefonee y se le dirá. De parte del «Diario de la Noches» ¿no? Muy bien, muy bien. (Se interrumpe.) La fecha de presentación de credenciales... No lo sé. En el Ministerio del Extranjero le informarán. Pero... cuestión de pocos días, suponemos... Encantado. Mucho gusto en saludarle. Adiós, adiós. (Cuelga. Va a la puerta de la izquierda, que había cerrado, y la abre de nuevo.) ¡Octavia!... (Pausa.) ¡¡Octavia!!

(ÁNGEL avanza hacia el centro de la escena. Al cabo de unos segundos, OCTAVIA se presenta en la lateral izquierda. Es una mujer de unos sesenta años, pequeñita, compuestísima, vestida de negro. Es una especie de ama de llaves, de femenino canciller de la Legación. La vida, y su situación actual en ella, le han impuesto un cierto papel subordinado; casi doméstico, pero se le adivina un pasado mejor. Ahora trae un aire contrito; diríase que es una muchachita a la que se ha sorprendido haciendo una trastada.)

OCTAVIA.- Mándeme, don Ángel.

ÁNGEL.- Siéntese, haga el favor.

OCTAVIA.- Por Dios, don Ángel...

ÁNGEL.- Siéntese, repito. Octavia: usted es el alma de esta Legación. Si está hecha siempre un ascua de oro, si nunca faltan flores en la mesa, y las cortinas y los muebles parece como si se acabaran de estrenar ayer, se debe a usted.

OCTAVIA.- Muchas gracias, don Ángel.

ÁNGEL.- Sanz Hierro, el anterior ministro, nos lo anunció al hacer

el inventario: «Y dejo una joya que se llama Octavia». Porque usted lleva ya muchos años en la Legación, ¿verdad?

OCTAVIA.- Ya he perdido la cuenta... Desde el naufragio de la Cardona.

ÁNGEL.- ¿Naufragio...?

OCTAVIA.- Bueno, de alguna manera ha de llamarse...

ÁNGEL.- Octavia, yo estoy muy reconocido a usted, pero he de hacerle un ruego.

OCTAVIA.- Ya sospecho a qué se refiere.

ÁNGEL.- Su afición a la radio acabará por volvernos locos. ¿No hay manera de que se cure usted de ella?

OCTAVIA.- Yo, don Ángel...

ÁNGEL.- A mí no me sorprende que le guste. Yo mismo no sé afeitarme sin oírla y cuando lo hago sin radio... se me nota en el afeitado.

Pero yo me doy por satisfecho con las estaciones de la Capital, ¿comprende usted? Me basta con Radionorte y Radiosur, que se oyen muy bien. Usted, no. Tiene un espíritu aventurero terrible y desdeña todo el continente americano y busca tan sólo...

OCTAVIA.- Radiobilbao...

ÁNGEL.- Pero hija mía, Radiobilbao la oyen en Deusto con dificultades... Tiene el alcance de la voz del muezín y poco más...

Y se le ocurre a usted oírla a nueve mil kilómetros de distancia...

Y con un aparatito de cuatro cuartos.

OCTAVIA.- Caramba, don Ángel, eso no. De dos mil cuartos.

ÁNGEL.- ¿Cómo?

OCTAVIA.- Vaya, de dos mil pesos.

ÁNGEL.- ¿Se ha gastado usted tanto dinero?

OCTAVIA.- Son mis ahorros, don Ángel.

(Suena el teléfono. ÁNGEL va al aparato.)

ÁNGEL.- Pero con ese dinero hubiese usted podido ir a Bilbao, Octavia de mi alma... ¿Quién es?... Ah, sí... El señor Ministro llega mañana... En avión, sí. ¿De parte del Centro de Hijos de Radanela?... Ah, Focelos, ¿cómo está usted?... Hombre, ¿qué quiere usted que le diga?... Recibirle con los coros... en el aeropuerto... qué sé yo... iba a llamar un poco la atención. Eso, eso... déjenlo para el día de su santo... Muy bien. Un saludo, señor Focelos. Y muchas gracias, en nombre del señor Ministro... (Transición.) Y Radiobilbao, ¿por qué?

OCTAVIA.- Porque yo nací allí y tengo mucho cariño a aquello y he actuado muchas veces...

ÁNGEL.- ¿Actuar?...

OCTAVIA.- Claro, don Ángel... Yo fui tiple ligera...

ÁNGEL.- ¡Anda, demonio!

OCTAVIA.- No sé por qué dice usted eso, don Ángel.

ÁNGEL.- Dispénsame. No lo tome usted a mal:

OCTAVIA.- Hice todo el repertorio del género chico... y del grande y, cuando el naufragio de la Cardona...

ÁNGEL.- ¿Qué naufragio es ese, Octavia? Es la segunda vez que le oigo hablar de él...

OCTAVIA.- La compañía de la Cardona, que se disolvió aquí, justamente en la capital... por culpa de don Manuel González, el empresario, que aún presume con su coche y su puro, que cuando le veo se me sube la sangre a la cabeza... Le llamo naufragio, porque nos fuimos a pique todos. Y yo pude agarrarme a una tabla, que fue justamente esta de la Legación y así me mantuve a flote... Bueno, pues, cuando ese naufragio, íbamos para Bilbao, de vuelta ya, ¿me entiende usted? Y las cosas que pasan...

ÁNGEL.- Octavia, considero muy natural que sueñe con ir a Bilbao. Yo admiro muchísimo a esa industriosa ciudad, pero como cuando usted está a la caza de Bilbao, aquí no se puede hablar por teléfono, escribir, abrir un libro ni cosa que se le parezca, es por lo que le ruego que renuncie de una vez y para siempre a ese sueño, a fin de que podamos vivir tranquilos. ¿De acuerdo?

OCTAVIA.- (Acongojada.) Sí, don Ángel.

ÁNGEL.- O sea, que ya lo sabe...

OCTAVIA.- Y cuando no haya nadie en la Legación, ¿podré yo...?

ÁNGEL.- Hija de mi alma; cuando no haya nadie, si a usted le interesa oír Radiosanturce, que debe ser más difícil todavía, lo hace usted. ¿Entendido?

OCTAVIA.- Sí, don Ángel.

(Suena el timbre de la puerta.)

ÁNGEL.- Y ahora vea quién llama... ¿O está Frutos?

OCTAVIA.- Sí, don Ángel.

ÁNGEL.- Nada, entonces.

OCTAVIA.- ¿Desea algo más?

ÁNGEL.- Sí, una cosa; que no olvide que en esta casa quien manda es usted. O sea, que si lo que le he dicho le disgusta, delo por no oído.

OCTAVIA.- .Como Radiobilbao...

ÁNGEL.- Simpática Octavia...

OCTAVIA.- Muchas gracias, don Ángel. Son ustedes muy buenos conmigo.

(Y se marcha por la izquierda. Suena el teléfono.)

ÁNGEL.- ¿Quién habla?... Ah, «Mundo Elegante»... Dígame... (Por la derecha PATRICIO ARNAIZ, cuya descripción va a ahorrarnos ÁNGEL. Viste un traje de viaje. Trae bajo el brazo una cartera de documentos y mira, con cierta afectiva curiosidad, la sala. A PATRICIO.) Siéntese, siéntese, haga el favor. (PATRICIO, en efecto, se sienta.) Ah, preparan una información... Magnífico, magnífico... El señor Ministro se llama don Patricio Arnaiz... Tiene unos treinta y nueve años... Es asturiano... de Gijón... No, no, al

norte... ¿No ha oído usted hablar nunca del ferrocarril Ferrol-Gijón? Claro, es natural... No, yo es que estoy oyendo hablar de él desde niño. Pues el señor Ministro es de allí, de donde sale el ferrocarril... bueno, de donde saldrá cuando Dios quiera... (Para sí mismo.) Si quiere... Sí, es su primer puesto de ministro. Estuvo antes en Rumanía y en Turquía... ¿Deportes? No sé... Diga usted golf... Ah, ¿bridge? Pues claro... Si eso se exige ya en las oposiciones... Fotografías, no hay... No, yo no le conozco personalmente... De buena presencia, claro... En la carrera eso se da mucho... ¿Ideas políticas? Por Dios, qué cosas pregunta usted, señorita... Casado, sí, en segundas nupcias. Sin hijos. La ministra se llama Mercedes Martínez Rey... (MERCEDES MARTÍNEZ REY, entra por la derecha, ÁNGEL se interrumpe.) Un segundo. (A MERCEDES.) ¿Viene usted con el señor?

MERCEDES.- (Sorprendida.) Sí, sí, claro...

ÁNGEL.- ¿Le importa sentarse un momento?

MERCEDES.- Encantada.

ÁNGEL.- No, no lleva título ninguno... Lamento que eso le decepcione. Sí, creo que ha nacido en Valladolid. ¿Aficiones...? Ponga usted la música, que es muy socorrido... Perfecto. Pues muchas gracias por todo, señorita. Salude a la Directora de «Mundo Elegante» en mi nombre. Ah, es usted misma... ¡Qué revista más encantadora!... La leo todas las semanas... (Deben llamarle la atención, porque rectifica enseguida.) Ya sé, ya sé que es mensual... Pero quiero decirle a usted que leo cuatro veces cada número... Estupendo, ya hará usted las fotografías que guste y cuando guste... Sí, no tiene más que preguntar por mí: Ángel Enríquez, Secretario de Embajada. A sus pies, señorita. (Cuelga.) Discúlpenme si les hago esperar. ¿Puedo servirles en algo?

PATRICIO.- Creemos que sí.

ÁNGEL.- Un momentito, por favor. ¡Octavia! En seguida soy con ustedes.

OCTAVIA.- (Regresa.) Mándeme.

ÁNGEL.- Oiga; haga el favor de comprar unas flores para mandárselas mañana a la señora Ministra.

OCTAVIA.- ¿De cuánto?

ÁNGEL.- Pues... yo creo, que, con unos cincuenta pesos es bastante... ¿No le parece?

OCTAVIA.- Lo que usted diga, don Ángel. ..

ÁNGEL.- Vea lo que haya y en ningún caso pase usted de los sesenta.

OCTAVIA.- Muy bien. (Mutis por la izquierda.)

ÁNGEL.- (Con gran jovialidad.) Bueno... y ustedes me dirán en qué puedo servirles.

PATRICIO.- En primer término, permítame que le dé las gracias por la descripción encantadora que ha hecho de nosotros...

ÁNGEL.- (Mecánicamente.) Por Dios, no faltaba más... (Se interrumpe, atónito.) ¿Cómo dice usted?

PATRICIO.- Yo, de modo especial, he salido muy mejorado. De figura sobre todo, y en cuanto a la edad, también. Sepa que, por desgracia,

he cumplido los cuarenta. Así que, le repito, muchas gracias.

ÁNGEL.- Son ustedes entonces...

PATRICIO.- Los nuevos ministros...

ÁNGEL.- (Abrumado.) Pero... yo no puedo entender... La llegada la tenían anunciada para mañana.

PATRICIO.- No, no, para hoy.

ÁNGEL.- Perdóneme; llevo el cable en el bolsillo. «Ministros llegarán primero de marzo». Y hoy es 29 de febrero...

PATRICIO.- Se equivoca, querido compañero. Febrero este año de 1955 consta sólo de veintiocho días. Ayer, por tanto, fue último de mes y hoy, primero de marzo: es lo que decía el cable.

ÁNGEL.- (Se dirige a MERCEDES y le besa la mano.) Señora Ministra: yo le ruego que me disculpe.

MERCEDES.- ¿Quién piensa en eso?

PATRICIO.- Y muchas gracias por las flores...

ÁNGEL.- ¿Qué flores?

PATRICIO.- Esas que iba a mandar...

ÁNGEL.- ¡Por Dios!

PATRICIO.- Conocí a su hermano, Enríquez. Estuvimos juntos en Ankara.

ÁNGEL.- ¿Ah, sí?

PATRICIO.- Me parece que ese fue su último destino; poco antes de morir. Recién ingresados habíamos servido los dos con el Marqués de Monty. Gran tipo. Ese me enseñó, entre otras muchas cosas, que sólo un año de cada cuatro lleva febrero veintinueve días.

(ÁNGEL replica con una sonrisa, un poco azorado.)

Bueno, no hablemos más. Estaba en el aeropuerto el Jefe de Protocolo.

ÁNGEL.- ¿Qué? ¿Le ha parecido simpático?

PATRICIO.- Comprenderá usted que para que el jefe de Protocolo, en funciones, yéndome a esperar al aeropuerto, me hubiera parecido antipático, tendría que ser un anormal. No. Me ha parecido simpatiquísimo. Pero es posible que en la vida privada sea odioso.

ÁNGEL.- Claro, eso sí... He dicho una tontería.

PATRICIO.- (Amistosamente.) ¿Desde cuándo está usted aquí? -

ÁNGEL.- Desde el 53; señor Ministro.

PATRICIO.- ¿A gusto?

ÁNGEL.- Sí...

PATRICIO.- ¿Cómo andamos de personal auxiliar?

ÁNGEL.- Medianamente. Hay una mecanógrafa muy simpática, pero se conoce que para ahorrarse trabajo escribe sólo con dos dedos.

PATRICIO.- Menos mal si los pone en su sitio.

ÁNGEL.- Y una taquígrafa buena, pero muy distraída. Siempre está pensando en sus cosas. Hoy mismo me dijo: «¿Le importa a usted repetirme lo que iba entre muy señor mío y le saluda atentamente?»...

(Como si fuese a hacerle una confidencia.) La joya de la Legación... (Y en ese instante reaparece OCTAVIA.) Es la señora Octavia... (Se la muestra a los recién llegados.)

Octavia... Los señores ministros.

OCTAVIA.- Ah, tanto gusto en conocerles...

PATRICIO.- Encantado...

ÁNGEL.- Es la columna vertebral de esta casa, señor Ministro. Salvo la cifra, todo lo demás lo conoce mejor que nadie.

OCTAVIA.- Es que son muchos años, señor Ministro.

PATRICIO.- ¿Sí...? ¿Cuántos?

OCTAVIA.- Imagínese, veinticinco... Desde...

ÁNGEL.- ... el naufragio de la Cardona.

PATRICIO.- ¿Se fue a pique?

OCTAVIA.- Pues, sí.

PATRICIO.- Y la casa, ¿qué tal está? Creo que los Sanz Hierro la arreglaron muy bien.

OCTAVIA.- ¿Quieren verla?

PATRICIO.- ¿Quieres verla, Mercedes?

(MERCEDES asiste a este diálogo, en una actitud de encogimiento muy marcado. Sonríe, como azorada, y apenas si se atreve a mirar en derredor suyo. Ahora, la invitación de PATRICIO la sorprende y la intimida. Le gustaría -se nota- no separarse de él. Y no tanto por amor -con ser este mucho-, sino por timidez.)

MERCEDES.- Yo sola, no. Si tú vienes también...

PATRICIO.- Octavia no te llevará al cuarto oscuro, Mercedes. Yo la veré después...

MERCEDES.- (Insiste.) ¿Y por qué no ahora...?

PATRICIO.- Porque tengo que hablar con Enríquez. Anda, vete tú.

(MERCEDES; sin ninguna alegría, hace mutis con OCTAVIA por la izquierda.) Y cuénteme usted. Leí, naturalmente, sus últimos telegramas. Me los dio el Subsecretario hace cuatro días. Desde entonces, ¿no ha habido ninguna novedad?

ÁNGEL.- Sí... Una interpelación anunciada al Canciller sobre las concesiones de terrenos petrolíferos de uno de los diputados de la oposición. (Confidencial.) Veinticinco mil pesos.

PATRICIO.- Buena profesión, la de diputado. Naturalmente, paga...

ÁNGEL.- La Oil Saxtex Refinery... Ya se supondrá usted de qué se va a hablar: Leyenda negra, la España fascista. Y, por tabla, elogio de sus clientes.

PATRICIO.- Comprendido. Y el Canciller, ¿cómo respira?

ÁNGEL.- Yo creo que le caemos bien. Apenas hay ocasión, nos da muestras de simpatía.

PATRICIO.- ¿Tiene buena salud?

ÁNGEL.- Es fuerte como un toro.

PATRICIO.- Digo, salud... política.

ÁNGEL.- Ah, en eso, mire usted, aquí todos los cancilleres que he conocido se mueren de repente. Quiero decir que, hasta el último día, hacen vida normal. Son salvadores de la Patria, hombres privilegiados, monstruos de las ciencias, las letras y las artes, y de pronto, ¡paf!, la guarnición de Anabique o de Isteba, que manda un telegramita, o lanza unos tiritos y a decir adiós al Palacio Presidencial, si es quedan tiempo, que en dos casos de que tengo

noticia no lo han dado.

PATRICIO.- Vaya...

ÁNGEL.- Ahora que... a mí me parece que este Canciller pisa muy firme y no hay quien lo mueva. Y yo no suelo equivocarme.

PATRICIO.- Bueno, pues ya se imaginará usted qué me trae a este país. Las instrucciones soy muy concretas. Conseguir, por todos los medios a mi alcance, la concesión de esos terrenos petrolíferos, sin parar en barras.

ÁNGEL.- Temo que las de oro sean un obstáculo bastante grande.

(PATRICIO coge un periódico que tiene a la mano.)

PATRICIO.- Señora de Aymat... ¿Es esta la Cancillera?

ÁNGEL.- La misma que viste y calza.

PATRICIO.- Vestir... bastante poco... Calzar, acaso más. En fin, ya veremos. ¿Qué tal andamos de prensa?

ÁNGEL.- Hay de todo, como en la viña del Señor, pero tirando a malo. En «La Voz de la Democracia», cada día se nos recuerda lo del indio Jocomozú.

PATRICIO.- ¿Qué fue eso?

ÁNGEL.- Un mal modo que hubo, al parecer en 1544, por parte del capitán Oria y del que salió empitonado el indio Jocomozú. Desde entonces nos lo sacan a relucir apenas nos descuidamos.

PATRICIO.- Y dígame: conferenciantes, escritores, dramaturgos y otras gentes de mal vivir... paracaidistas en general, ¿vienen muchos? Son incómodos, ya lo sabe usted.

ÁNGEL.- De eso, poquito, gracias a Dios, poquito. Cuesta tanto la vida aquí...

PATRICIO.- Bien, ¿y la colonia española?

ÁNGEL.- Abundantita, abundantita... Alrededor de doce mil, sólo en la capital. Distribuidos en tres mil doscientas asociaciones. Tocan a menos de cuatro.

PATRICIO.- ¡Caramba!

ÁNGEL.- Así hay tres mil doscientos señores que pueden llamarse presidentes de algo. Pero, eso sí, buenísima gente. El 18 de julio los reunimos. Unas tostaditas, unos fritos, unas copas de vino español... y listos. Nada grave. Y eso sí, carta blanca a Focelos.

PATRICIO.- ¿Quién es Focelos?

ÁNGEL.- Focelos es un señor de Mondoñedo que ha formado un coro regional. Y a la menor ocasión, muñeira que te pego o Negra sombra y tente tieso. Ya quería recibirle en el aeropuerto con los coros. Le dije que no. En realidad, el único peligro de la colonia es él. Por eso, en determinadas fechas, le dejamos que se desahogue...

PATRICIO.- Magnífico, Enríquez. (Transición.) Dígame, ¿a qué hora se almuerza en este país?

ÁNGEL.- A la una, señor Ministro. ¿Y en Madrid? Cuando yo lo dejé íbamos ya por las dos y media.

PATRICIO.- Oh, hemos prosperado mucho. En Madrid, ahora, puede decirse que se almuerza antes de cenar.

(En este momento, por la izquierda, entra MERCEDES, seguida de OCTAVIA.)

MERCEDES.- Preciosa, lo que se dice preciosa. No puedes imaginarte, Patricio, algo estupendo. Y parece que ese es el mérito de Octavia...

OCTAVIA.- ¡Por Dios, señora!

ÁNGEL.- Ya, le dije a usted que era la joya de la Legación.

OCTAVIA.- Ha de disculparme, faltan muchos detalles. Como no les esperábamos a ustedes hasta mañana...

MERCEDES.- ¿Pues qué habría sido esto, mañana? Tranquilícese: todo está que da gloria verlo.

PATRICIO.- Enhorabuena, Octavia.

OCTAVIA.- Muchas gracias, y a mandarme, ya saben. (Y vuelve a marcharse por el lateral de su entrada.)

ÁNGEL.- Yo, con su permiso, señor Ministro, voy a dar algunos telefonazos relacionados con su llegada: Prensa, Centros españoles, etc., etc.

PATRICIO.- Hable desde aquí, si quiere.

ÁNGEL.- Gracias. Usaré el de la Cancillería.

PATRICIO.- Como guste.

ÁNGEL.- Hasta dentro de un momento, entonces.

PATRICIO.- Muy bien.

ÁNGEL.- Y... Perdóneme... No olvidaré nunca lo que escasean los años bisiestos.

PATRICIO.- No se preocupe, Enríquez.

ÁNGEL.- Con su permiso, señora.

(Y se va por la derecha. PATRICIO le acompaña convencionalmente hacia la salida. Cuando vuelve, MERCEDES, derrumbada en el sofá, se echa a llorar desconsoladamente, con un llanto un poco infantil.)

PATRICIO.- ¿Qué te sucede, Mercedes? (MERCEDES no responde.) ¿Te ha pasado algo? No me alarmes... ¡Contesta sí o no, Mercedes!

MERCEDES.- No, no me ha pasado nada.

PATRICIO.- Entonces, ¿por qué lloras?

MERCEDES.- Porque... yo no he nacido para esto, Patricio.

PATRICIO.- (Se ríe aliviado.) Menos mal, mujer, creí que era algo más grave.

MERCEDES.- ¿Más grave todavía? Pues toma tus precauciones, porque conmigo no vas a poder contar. Y no te hagas el sorprendido.

Patricio, te lo advertí a tiempo. Si yo pudiera anular el matrimonio, lo anulaba.

PATRICIO.- ¡Caramba!

MERCEDES.- Y no porque no te quiera, bien sabe Dios que no, sino al contrario, por quererte mucho y tener un miedo espantoso de hacerte daño... de ponerte en ridículo...

PATRICIO.- ¿Cuándo te curarás esos complejos tontos, Mercedes?

MERCEDES.- No lo son. Tú debías haberte casado con Rosario Láinez.

PATRICIO, ¿Y tú me dices eso? Tú, que sólo porque un día me viste hablando con ella estuviste a punto de sacarme los ojos..., ¡Apañado iría !... Esa es una pedante insufrible.

MERCEDES.- Sí, pero hija de un Embajador y ha andado media vida de la Ceca a la Meca y sabe horrores de cosas del extranjero, que yo desconozco. Y yo debía haberme casado también con Juanito Martín Páez.

PATRICIO.- ¿Quién es el tal Juanito? Es la primera vez que te lo oigo nombrar.

MERCEDES.- El dueño de la tienda de telas que hay cerca de casa. Habría hecho una vida sencilla y sin complicaciones... El horario del comercio y listo. Además, saber siempre dónde le tenía, de diez a una y de cuatro a ocho. ¿Te parece poco esto? Lo contrario que tú... Pues sí, no me mires con esa cara, andaba loco por mí desde el año de la polka... Y a mí, para que lo sepas no me parecía mal... Hasta que llegaste tú, de pronto, avasallándolo todo, con tus tres letras y me arrollaste...

PATRICIO.- ¿Con mis tres letras? ¿Y cuales son, Mercedes?

MERCEDES.- La V, de viudo, la primera... Que no sé por qué razón parece como si os rodease un misterio especial... Es algo morboso, palabra. Nos llenáis de curiosidad y eso es parte de vuestra victoria. Ya sé que casi nunca habéis matado a vuestra mujer, pero el caso es que, en el fondo del alma, nos andamos preguntando siempre: ¿Cómo habrá hecho ese para quitársela de encima?

PATRICIO.- .Gracias por el «casi». En lo que a mí se refiere, estoy libre de sospechas. Matilde murió en el descarrilamiento del rápido de Algeciras.

MERCEDES.- No, si de ti no digo nada.

PATRICIO.- Y las otras dos letras, ¿se puede saber cuáles son?

MERCEDES.- ¿Y tú me lo preguntas? C. D. ¿Qué otras podrían ser? Muy puestecitas delante y detrás del coche, que debería estar prohibido que con esas dos letras os dirigierais a ninguna muchacha, porque nos deslumbráis, y eso es jugar con ventaja. Huelen a puerto de mar, a frac y condecoraciones, a aduana sin aduaneros, a champagne francés, a revistas americanas, y además, por si fuera poco, recuerdan las iniciales de Christian Dior. Y claro, con esas bazas en la mano, entraste por la carretera de Madrid con tu cochecito del demonio, y además descapotado, que es otro abuso de fuerza, y arrasaste media provincia. Y ahora estoy pagando las consecuencias.

PATRICIO.- Pero ¿me quieres explicar qué es lo que te ha puesto en este trance de histerismo?

MERCEDES.- He visto la vajilla del comedor y tiene el escudo de España en cada plato.

PATRICIO.- Bueno, ¿y qué?

MERCEDES.- Yo así, con esa solemnidad, no soy capaz de tomar ni una taza de caldo, Patricio. Me sentaría mal.

PATRICIO.- ¿Y ha sido sólo eso? ,

MERCEDES.- Sí... Ya no he querido ver más. Te doy mi palabra que no

me he atrevido a mirar ni las colchas. Eso sí, yo te juro que como tengan también el escudo, me voy a dormir al hotel. Perdóname, pero no me siento capaz de pegar un ojo sobre el águila y el non plus ultra.

PATRICIO.- Cálmate, Mercedes.

MERCEDES.- Yo soy una muchachita de Valladolid, Patricio, metida en unos berenjenales horribles. Me faltan las fuerzas... y levanto bandera blanca. A propósito de bandera: la he visto.

PATRICIO.- ¿A qué bandera te refieres?

MERCEDES.- ¿A cuál ha de ser? A la nuestra, Patricio, En el balcón principal... Pero ¿cómo se puede una asomar a tomar el aire a un balcón en el que está la bandera? A mí es que me entra un escalofrío de mirarla...

PATRICIO.- Mira, Mercedes, estos sobresaltos se te pasarán pronto. Forman parte de tu noviciado, pero te aclimatarás enseguida. Lo que hoy te produce miedos mañana te hará ilusión: es cuestión de unas semanas. Y te encontrarás como el pez en el agua; es cuestión de unos meses. Y te hastiarás tremendamente; es cuestión de unos años.

MERCEDES.- Y además, es que... no sé por qué... temo que esto vaya a separarnos.

PATRICIO.- Aprensiones.

MERCEDES.- En España disponía de algunas armas. Aquí las he perdido.

PATRICIO.- ¡Caramba! ¿A qué te refieres?

MERCEDES.- Armas... defensivas. Patricio, no pienses disparates. Por ejemplo: la tía Úrsula.

PATRICIO.- Bueno. No sé hasta qué punto disminuyes a tu tía Úrsula considerándola como arma defensiva nada más.

MERCEDES.- Ahora que está lejos la pobre, puedo decirte cuánto me ha consolado muchas veces, cuánto la he llorado, como si tuviese doce años...

PATRICIO.- ¿Y por qué? ,

MERCEDES.- Por celos. Soy celosa, lo sabes; me es imposible remediarlo. Me sentía más fuerte, en Valladolid, te lo confieso. Primero, porque conozco mis posibles rivales. Y aunque la vanidad no me pierda, se me antoja que ninguna de mis amigas me lleva demasiada ventaja. Todas sabemos aproximadamente lo mismo y nos vestimos en la misma modista, y vamos a los mismos sitios, y tenemos el mismo acento... Aquí; ya la cosa varía.

PATRICIO.- Mujer, es natural.

MERCEDES.- Lo crearás una ridiculez, ¿verdad?, pues cuando oí hablar a la azafata del avión, me puse pálida. (La remeda.) «A su servicio, señora»... Pronunciar la c de esa forma es una competencia desleal, te lo aseguro. Y creo que voy a tener que hacer un esfuerzo atroz para soportar que alguien te llame Patrisio... (Súbitamente.)

Patricio, Patricio; ¿me prometes no hacer caso de la ese?

PATRICIO.- Convendrá que desde el primer momento, Mercedes, te des cuenta de que en la vida diplomática a la galantería le corresponde su tanto por ciento. Debes aclimatarte y pensar que si yo... alguna vez... en alguna ocasión... me permito alguna libertad, será porque

me lo exija la carrera.

MERCEDES.- Mira... no empieces ya a prepararme una gatada, que te conozco muy bien.

PATRICIO.- (Con alegría.) Bueno, Mercedes, se acabaron tus complejos de provinciana. Todas las mañanas se casan en Valladolid tres o cuatro muchachas que apenas si pueden pasar de Medina del Campo en viaje de novios y tú has cruzado el charco y has venido a nueve mil kilómetros del punto de partida. ¿Va a ser eso un motivo de desgracia? En lugar de un pisito con tres habitaciones, y doscientas mil pesetas más Banco, te encuentras en una villa de dos plantas, sótanos y garaje; en lugar de una chacha de cuarenta duros como las que padecen tus amigas, dispones de portero, valet, chófer y esa maravilla, según dicen, que se llama Octavia... ¿Y no es un contradiós que te entren esos sustos y llores como si hubiese muerto alguien? Hale, optimismo, que no nos faltan razones. Y para que te acostumbres, te voy a organizar, así, de entrada, una recepción que no se la salta un galgo.

MERCEDES.- (Grita alarmada.) ¡No, no, eso no, Patricio!

PATRICIO.- Te digo que sí.

MERCEDES.- ¡No, no, no, Patricio!

(ÁNGEL entra por la derecha.)

ÁNGEL.- ¿Sucede algo?

PATRICIO.- No, hombre, no. Apenas presente mis credenciales quiero que organice una recepción a la que invite a la gente más importante de aquí.

ÁNGEL.- Perfectamente. Le haré una lista.

PATRICIO.- Conformes.

ÁNGEL.- ¿Manda algo más, señor Ministro?

PATRICIO.- Nada, nada.

(MERCEDES se levanta y se va por la izquierda.)

ÁNGEL.- A propósito; me han confirmado lo de la interpelación. Es un brindis a beneficio, ya se lo dije, de la Oil Saxtex Refinery.

PATRICIO.- No se preocupe. Si hay un poco de suerte, nos saldremos con la nuestra.

ÁNGEL.- ¡Ojalá!

PATRICIO.- Escúcheme. Acaso le haya extrañado lo de la recepción así, tan de pronto...

ÁNGEL.- No... ¿por qué? Lo encuentro natural...

PATRICIO.- Le confesaré el motivo; a mi mujer le ilusiona muchísimo...

(ÁNGEL sonrío comprensivamente mientras cae el...)

TELÓN

Cuadro II

El mismo decorado. Es de noche. Por el foro, la luz de la luna. Han transcurrido unas semanas desde el final del cuadro anterior.

En el momento de levantarse el telón, están en escena OCTAVIA y FRUTOS. FRUTOS es el mayordomo. Viste pantalón negro de frac y chupa blanca, con corbata negra. Lleva guantes blancos; OCTAVIA va de negro, como en el cuadro anterior, pero con un delantal de seda negra y algún detalle en su tocado, que acusa la solemnidad de la jornada. Ambos limpian la sala en la que se ven vasos de whisky medio vacíos, ceniceros cargados de colillas, sillas en desorden; los restos, en suma, de una recepción a la que han asistido muchos invitados. Ambos cumplen su cometido en silencio durante un cierto tiempo. FRUTOS, desde luego, es un tipo bastante estirado y cargante, al que no le gusta mucho hablar con sus inferiores.

OCTAVIA.- Frutos, usted que sabe de todo, ¿cómo era aquello del caballo de Atila?

FRUTOS.- Donde pisaba el caballo de Atila no volvía acrecer la hierba.

OCTAVIA.- Pues de las recepciones se puede decir casi lo mismo. Esta habitación, por de pronto, la han dejado para el arrastre.

FRUTOS.- Octavia, no exagere.

OCTAVIA.- ¿Que no exagere? Haga el favor de mirar, si no le es molesto.

(Señala detrás del sofá central, un punto en la alfombra. Ella, por de pronto, se agacha de tal manera, que desaparece de la vista del público.)

FRUTOS.- (Sin perder su desdeñosa verticalidad.) ¿De qué se trata?

OCTAVIA.- Si usted se digna agacharse un poco, lo verá fácilmente.
(FRUTOS condesciende a inclinar un poco la cabeza.) Un agujero han hecho del tamaño de un duro, vaya, de los duros de antes.

FRUTOS.- Es muy de lamentar.

OCTAVIA.- Si me valiera... (Ahora se la ve de nuevo.) Un cigarrillo que lo han tirado al suelo como si esto fuera un paseo público. (Lee.) «Real Faca de tapices». A eso han dejado reducido el letrero. ¿Qué le parece, Frutos? La colilla se ha comido el

«bri».

FRUTOS.- Sí, es muy sensible. La encuentro nerviosa. ¿Le sucede algo, Octavia?

OCTAVIA.- Sí, y muy serio... Creo que he estado a punto de coger Radio Bilbao. A poco me desmayo.

FRUTOS.- ¿Qué oyó usted?

OCTAVIA.- No podría explicárselo. Eran unas gárgaras, así, un poco extrañas, pero con acento vascongado, se lo juro. Se me cortó la respiración, no le digo más.

FRUTOS.- ¿Y qué sucedió después?

OCTAVIA.- Se me fue la onda, Frutos. Y es que eran las cinco de la tarde. Mal momento, claro..., pero, si a mí me dejasen... así... de madrugada... Estoy segura de que conseguiría oírla.

FRUTOS.- Inténtelo.

OCTAVIA.- Me matarían los ministros...

FRUTOS.- ¡Ah!...

(Unos momentos antes se ha oído el rumor de una conversación y voces de despedida por el extremo derecha. En este instante aparecen PATRICIO, y MERCEDES por el foro. Visten traje de tarde. MERCEDES llega cansadísima y se desploma en el sofá.)

PATRICIO.- (A OCTAVIA y FRUTOS.) Todo ha ido de maravilla. Les felicito.

FRUTOS.- Muchas gracias, señor Ministro.

PATRICIO.- Felicite, en mi nombre, también a la cocina. El buffet ha sido espléndido.

FRUTOS.- Lo haré encantado, señor Ministro. Será para mí un honor transmitir sus palabras tan amables.

PATRICIO.- Muchas gracias. Se expresa usted siempre con una gran corrección, Frutos.

FRUTOS.- Es que leo mucho, señor Ministro.

PATRICIO.- ¡Ah! ¿Sí? ¿Qué lee usted?

FRUTOS.- Libros de imaginación.

PATRICIO.- Novelas...

FRUTOS.- No, no, de historia. Son los que yo llamo de imaginación.

PATRICIO.- ¡Caramba! ¿Y por qué?

FRUTOS.- Desde que leí dos vidas de Napoleón, me convencí de que no podía haber nada más distinto en el mundo. En lo único que coincidían los dos era en el nombre de la madre, Leticia, según tengo entendido, pero aun sobre ese punto, uno de los autores se

mostraba reservado.

PATRICIO.- Muy bien, Frutos. Sus aficiones no pueden ser más elevadas ni más dignas de encomio. Por cierto, si desea cultivarlas en lo que a Napoleón se refiere, mañana dan una película sobre su vida que acaso le aclare algunos puntos.

FRUTOS.- El cine, señor Ministro, en mi humilde criterio, se ha hecho para los valets. El teatro para los mayordomos.

PATRICIO.- En fin, si quiere ir al teatro, hágalo. Y usted también, Octavia, si le apetece... ¡Ah!, y como sé muy bien que ha de alegrarle, le comunico que dentro de muy pocas semanas, aquí mismo, quedará instalada la mejor radio del mundo.

OCTAVIA.- ¡Ay Dios mío! Qué emoción.

PATRICIO.- Pues ya lo sabe, Octavia.

(OCTAVIA hace mutis por la izquierda, seguida de FRUTOS.)

ÁNGEL.- (Por el foro. Viene exultante de alegría.) ¡Magnífico, magnífico! ¡Un éxito! ¡No ha faltado nadie de importancia!

Ministros, todos. Bueno, salvo el de Marina, que se excusó.

MERCEDES.- ¿Y qué falta hace en este país un ministro de Marina? Barcos no tienen.

PATRICIO.- Pero por algo han de empezar y lo han hecho con el Ministro. Casos conozco yo de ministros que han acabado con la Marina: eso es más grave.

ÁNGEL.- Embajadores; la barajó completa. Salvo el que todos sabemos.

PATRICIO.- Sí, claro...

ÁNGEL.- Y mujerío, ¿para qué hablar? (Se da cuenta de que se ha excedido un tanto y recoge velas.) Bueno, quise decir...

MERCEDES.- (Muy divertida.) Sí, realmente había mujeres guapísimas. Por cierto: ¿quién era la del traje de organza beige con tres cuartos de guipure?

(ÁNGEL y PATRICIO se miran sin entender la pregunta.)

PATRICIO.- Convendría, Mercedes que no empleases tanto tecnicismo en tus descripciones, porque nos quedamos in albis.

MERCEDES.- Sí, hombre, sí: la pelirroja del abriguito corto.

(MERCEDES, al referirse «a la del traje de organza beige» la describirá tal como físicamente sea la actriz que represente el personaje, pelirroja, en efecto, si es pelirroja, morena, rubia o trigueña. Tal y como sea y de la forma más expresiva posible para que, su identificación por el espectador, cuando aparezca, sea fácil.)

PATRICIO.- (Como si la aclaración le abriese un nuevo mundo.)

¡Ah, eso es distinto! La pelirroja, Ángel...

ÁNGEL.- Haber empezado por ahí... Ya sé quién es; con una especie de boinilla...

MERCEDES.- ¡Caramba con la boinilla, cinco mil pesetas en plumas de paraíso...!

ÁNGEL.- Sí, ya sé. Bueno, pues esa es la Ministra de Cultura Pública. Fue primero mecanógrafa y acabó casándose con el Ministro.

MERCEDES.- Lucida carrera...

ÁNGEL.- No sé si se han dado cuenta de algo muy gracioso; habla siempre en estilo epistolar.

PATRICIO.- Supervivencias del pasado.

ÁNGEL.- No crea que tan lucida, porque antes fue amiga del Director de Universidades y después del Vicesecretario.

PATRICIO.- O sea que, en realidad, siguió el escalafón con bastante rigor.

ÁNGEL.- (Transición.) Victoria Ruiz Anoy es su nombre. ¡Ah, qué éxito, qué éxito!

PATRICIO.- Un éxito tuyo, Mercedes. Has estado admirable.

MERCEDES.- ¿De verdad? ¿No me engañas para que me quede tranquila?

PATRICIO.- Te aseguro que no. Qué aplomo, qué acierto para elegir el saludo, la frase adecuada, la palabra de despedida que convenía a cada uno... Y con una veteranía que me ha dejado la boca abierta...

Pero ¿en Valladolid se sabe de eso?

MERCEDES.- Oye, Patricio, ¿qué idea tienes tú de Valladolid?

PATRICIO.- No seas boba; te lo digo para poner a prueba tu amor regional. Comprende que para mí, Valladolid es la ciudad por excelencia. Tú naciste allí y eso me basta. Desde entonces, Valladolid ya está cumplido conmigo. Vamos, que aunque no tuviese el Museo de Esculturas Policromadas, ni la Semana Santa, ni hubiese sido Corte de las Españas, ya habría hecho lo bastante para que yo le rindiese mi homenaje. Si además resulta que es escuela de diplomacia, imagínate dónde pondré yo a Valladolid.

MERCEDES.- No exageres, Patricio.

ÁNGEL.- Respetuosamente, pero con el mayor entusiasmo, suscribo los elogios del señor Ministro.

.-

MERCEDES.- ¡Bah... bah, sois unos adúladores! Eso sí. Esa gente tiene un apetito... ¿Viste las lubinas, Patricio?

PATRICIO.- Sí, me recordaban la flota inglesa cuando visitaba Villagarcía.

MERCEDES.- Pues la han hundido.

PATRICIO.- Qué voracidad, ¿eh? Y eso que los invitados eran la crema del gran mundo. ¿Qué hubiera sucedido si invitamos a los de clases pasivas?...

MERCEDES.- ¿Sabes lo único que se libró de la quema? Los huevos hilados y los espárragos.

PATRICIO.- Eso sucede siempre. Las cosas que se comen con dificultad, tienen poco éxito en sociedad.

MERCEDES.- Pues el caviar tampoco es muy sencillito de comer y a las ocho y cuarto había desaparecido ya.

PATRICIO.- Los concurrentes a los cócteles forman una especie de masa fluida y circulante que solo se hace compacta en torno a las estrellas de cine, de los ministros y del caviar.

ÁNGEL.- En fin, ¿qué le parece, señor Ministro, si diésemos cuenta de todo en un telegrama?

PATRICIO.- Prepárelo, Ángel.

ÁNGEL.- Pues voy en seguida. Con su permiso, señora. (Mutis por la derecha.)

MERCEDES.- (Se cerciora de que se ha marchado. Cambia de tono.) Y de Alejandra Aymat, ¿qué me dices? No la has dejado ni a sol ni a sombra.

PATRICIO.- ¡Qué exageración!

MERCEDES.- No, Patricio, no. La pura verdad.

PATRICIO.- Bueno, Mercedes, ¿no crees que te excedes un poquito?

MERCEDES.- No, Patricio. Tú has estado coqueteando con ella.

PATRICIO.- Pero, ¿qué disparates dices, Mercedes? La he estado atendiendo porque, resulta que de todas las señoras que había aquí era la más importante.

MERCEDES.- Si no la ayudase el color del pelo y el de los ojos y el ser aún relativamente jovencita, por muy importante que fuese, te la hubieses sacudido de encima.

PATRICIO.- ¡Qué disparate, Mercedes, y qué injusticia!... ¡Cómo se conoce que ignoras mi pasado! Cuántas embajadoras setentonas he soportado a lo largo de mil comidas soporíferas en dieciocho años de carrera, cuántas ministras obesas hablando idiomas extraños o un francés ininteligible he atendido y obsequiado como deidades. El deber me obligaba a sonreírles, a decirles palabras amables. Y ahora, por una vez que el deber no pesa noventa kilos, ni usa impertinentes, ni es coetáneo de la guerra de Crimea, he de tenerte a ti huroneando por si me excedo en cumplirlo.

MERCEDES.- ¡Pero qué deber ni qué ocho cuartos!

PATRICIO.- Pues claro que es el deber, Mercedes. ¿O es que olvidas lo que significa la amistad del Canciller? Que bien amable estuvo con nosotros, por cierto, y tú lo comentaste el día de la fiesta patria.

MERCEDES.- ¿Y qué relación hay entre la amistad del Canciller y la de la Cancillera?

PATRICIO.- Hay que hacérsele simpático... por tabla...

MERCEDES.- ¿A ti te caería simpático quien me hiciese el amor a mí? No. ¿Verdad? Pues, al Canciller tampoco.

PATRICIO.- Bueno, bueno, modérate. Y ya que planteas la cuestión y sólo por curiosidad, contéstame a una pregunta. Imaginemos -sólo imaginar, ¿eh?- que fuera conveniente para desbancar a la Oil Saxter Refinery y obtener las concesiones, el que yo galantease un poco a la señora de Aymat. ¿No transigirías?

MERCEDES.- ¡No!

PATRICIO.- ¿Aunque te contase que me desgarraba el alma y que sufría viéndome obligado a cortejar a otra mujer..., tú..., encima, serías capaz de hacerme una escena de celos?

MERCEDES.- ¡Patricio, no me subleves!

PATRICIO.- Ya me doy cuenta, ya, de tu manera de ser. A ti, el servicio te importa un bledo; que la Oil Saxter Refinery se salga con la suya te deja fría; que España resuelva el problema del abastecimiento de carburantes, o siga siendo tributaria del extranjero, te es igual. Tú, a lo tuyo, que tu marido no cometa el grave pecado de decirle a otra mujer qué bonitos ojos tienes, y si se hunde el país que se hunda. ¡Caray con el patriotismo de las señoritas de Valladolid!

MERCEDES.- No te atreverás a decirme que a ti te ha mandado el Ministerio a cortejar a la señora de Aymat.

PATRICIO.- Es evidente que no me lo ha ordenado, así, de un modo expreso. Y menos esto. No, sería absurdo. Pero me ha dicho; «Tráigase usted para aquí, en el equipaje de vuelta, esas concesiones. Sea como sea». Y el Ministro es bastante más patriota que tú y piensa que el bien de España está por encima de todas estas miserias.

MERCEDES.- Escucha, Patricio... ¿Hablas en hipótesis o es que ha sucedido algo?

PATRICIO.- Estoy probando tu flexibilidad, solamente. ¿O es que además de ser celosa hasta lo increíble, tienes la cabeza llena de historias románticas y crees todavía que el diplomático es un Don Juan y que los tratados se firman porque las mujeres de los Cancilleres se enamoran de los ministros extranjeros?

MERCEDES.- Yo no creo nada.

PATRICIO.- Es, muy poco probable que esa señora se haya enamorado de mí, que esté resuelta a ayudarme para que consiga un éxito y que el Canciller escriba al dictado de su mujer.

MERCEDES.- ¡Huy, huy!... Sofismas..., puros sofismas. ¿Que se haya enamorado de ti? ¿Y por qué no? Aunque te halague el oído; en Valladolid lo estábamos todas. ¿Que quiera ayudarte? ¡Si se enamora...! ¿Y que el Canciller no escriba al dictado de su mujer? Pues no sería ni el primero ni el último.

PATRICIO.- De acuerdo, Mercedes. No sigamos discutiendo. Quedamos en que tengo a esta señora muertecita por mis pedazos; que mañana va a sacar la gasolina de los tanques de la capital y a regalármela, y que el Canciller se presentará en mi despacho para decirme: «Las concesiones, ¿se las mando a casa o las lleva, puestas?». ¿Qué? ¿Más tranquila ya? Pues hemos acabado.

MERCEDES.- (Con un cómico rencor que le viene de muy lejos.) Todo esto no creas que me cae de nuevo; mi tía Úrsula me lo había pronosticado.

PATRICIO.- ¡Ah, tu tía Úrsula!

MERCEDES.- Te conoció desde el primer día. Los diplomáticos son como los marinos -me dijo, lo recuerdo muy bien- tienen una novia en cada puesto.

PATRICIO.- Bueno, me guardaré muy bien de decirte lo que pienso de tu tía Úrsula y de sus lamentables juegos de palabras. En suma: que por una bobadita, por una trivialidad de niña pequeña, has acabado echando a perder una tarde encantadora.

MERCEDES.- Yo, no. ¡Tú!

PATRICIO.- Tú, Mercedes, y nadie más que tú.

MERCEDES.- No, señor, tú que has coqueteado indecentemente con la Aymat.

PATRICIO.- ¡¡En acto de servicio!!

MERCEDES.- ¡Ah!, luego confiesas que has coqueteado...

PATRICIO.- Quiero decir que... si hubiese coqueteado, como tú aseguras con tanto aplomo, habría sido en acto de servicio, lo cual es muy diferente.

MERCEDES.- La escuela de María Waleska, en hombre... No es ninguna novedad.

PATRICIO.- ¿Qué pinta aquí María Waleska?

MERCEDES.- Sí, sí... María Waleska entregándose a Napoleón para salvar a Polonia. ¡Menudo pretexto encontró la tal María Waleska para poner en ridículo a su marido! ¡Mira si dieran con esa ganga muchas casaditas frívolas que no saben cómo justificarse! ¡La Patria, de excusa, ahí es nada! ¡Lo que sucede es que a María Waleska le gustaba Napoleón como de aquí a Lima!

PATRICIO.- Esa medida es válida en Madrid, pero te advierto que desde aquí no hay tanta distancia.

MERCEDES.- El tal Napoleón, qué más quería... Pues ¿sabes lo que te digo? Que yo no soy el marido de María Waleska.

PATRICIO.- Indudablemente, Mercedes. Al fin has dicho algo en lo que estoy de acuerdo por completo.

MERCEDES.- Te burlas, ¿no?

PATRICIO.- (Conciliador.) No, Mercedes; es que... escúchame, es indispensable que te avengas a razones.

MERCEDES.- No pienso.

PATRICIO.- Tendrás que hacerlo a gusto o a disgusto. Y, cuanto antes, mejor, deseo que sepas que he organizado una comida en honor del Canciller y de su esposa, de este viernes en quince.

MERCEDES.- Eres de un sadismo monstruoso, Patricio. Primeramente, el viernes es vigilia, y un menú a base de pescados, siempre es un problema.

PATRICIO.- En cuanto a la fecha, podríamos arreglarlo.

MERCEDES.- No te molestes, porque aunque lo traslades, mi actitud sería siempre la misma. Yo no asistiría a esa comida.

PATRICIO.- Asistirás, tan cierto como que me llamo Patricio.

MERCEDES.- Aún no me conoces. Me pondré enferma, si hace falta. Buenas noches.

PATRICIO.- (A medias conciliador, a medias amenazante.)

¡Mercedes...!

MERCEDES.- Buenas noches.

(Y se marcha airada por la izquierda. PATRICIO, en un primer momento parece que va a seguirla. En seguida se disuade a sí mismo de hacerlo. Abre los brazos con un ademán desolado. Y se sienta en el sofá. Por la derecha, ÁNGEL.)

ÁNGEL.- Querido Ministro... Un telegrama de Madrid; he estado

descifrándolo. Por eso tardaba.

PATRICIO.- ¿Qué dice?

ÁNGEL.- «Llamámosle atención sobre cotización actual de Nueva York acciones Oil Saxter Refinery. Embajador Washington aconseja conveniencia vigilarla estrechamente como reflejo alternativas favorables o desfavorables de sus gestiones cerca ese Gobierno.

Embajador comunica Bolsa hoy subieron cincuenta enteros».

PATRICIO.- (Como iluminado.) Pero queda la Bolsa de mañana, y la de pasado; y la del otro, y la del otro:

ÁNGEL.- Naturalmente.

PATRICIO.- Y poco he de poder si la Bolsa de Nueva York no acusa la presencia de Patricio Arnaiz entre bastidores.

ÁNGEL.- Sí, señor. Así se habla.

PATRICIO.- Ángel: tenemos que batirnos. Como sea, pero sin titubeos.

ÁNGEL.- Ya sabe que estoy a sus órdenes.

PATRICIO.- El Canciller es la clave.

ÁNGEL.- Claro, ¿quién lo duda?

PATRICIO.- La presencia de su esposa en el cocktail es alentadora, ¿no le parece?

ÁNGEL.- Claro que sí.

PATRICIO.- Aún he de decirle algo más; en principio, ha aceptado una comida para dentro de dos semanas.

ÁNGEL.- ¡Estupendo! (Pausa. Titubea.) Señor Ministro...

PATRICIO.- No me trate tan ceremoniosamente, Ángel. Llámeme Arnaiz... a secas. O si no, Patricio. Y mejor todavía, tutéame.

Tutéame, Ángel. Es absurdo que andemos con protocolos: Fui muy amigo de tu hermano y además, somos de la carrera. (Siniestro.) No como otros.

ÁNGEL.- Muchas gracias, querido Ministro... por esa muestra de confianza. Bueno, pues he de decirte una cosa. A la Cancillera (Baja la voz.) o yo sé muy poco de eso, y creo que sé mucho, la ha resellado hoy el Ministro de España.

PATRICIO.- ¡Psch...! ¡Cállate, cállate... Por lo que más quieras: sería una catástrofe que esto trascendiese!

ÁNGEL.- No, si no trasciende. Lo que es por mí... Aparte de que, en este clima, las cosas se miran de distinta manera que en el nuestro.

PATRICIO.- En el de aquí, sí; pero en el de Valladolid, no. Y esta casa es Valladolid. (Transición.) Y tú, por qué crees que... ¿eh?

ÁNGEL.- En primer lugar, por lo que he visto con mis propios ojos... Y segundo; como si eso no fuese bastante, por lo que me ha dicho la interesada.

PATRICIO.- ¿Y qué... te ha dicho?

ÁNGEL.- Cuando la llamó la mujer del Ministro de Cultura, Victoria Ruiz Aroy, la mecanógrafa, ya sabes a quién me refiero, se puso a hablar con ella unos minutos y al separarse, me acerqué yo. Y estuvo clarísima. «Gracias a Dios -me dijo- que ha mandado España un ministro con el que se puede negociar a gusto».

PATRICIO.- ¡Ah! Ya entiendo... Tenía la experiencia de Jorge Sanz

Hierro. Que es un santo varón, dicho sea de paso, y que sabe de tratados y de geopolítica lo que nadie; pero que es un plomo...

ÁNGEL.- Así le llamaban: Jorge Sanz Plomo.

PATRICIO.- ¡Pobre! Que no ha nacido para esto. Él haría un Director general estupendo, pero la jefatura de Misión, no es lo suyo.

ÁNGEL.- Y Margarita, que le ayuda muy poco. Fíjate que se le marea en los cócteles...

PATRICIO.- Aviada está... Y Jorge con sus estadísticas, ¡ah; no, no! Una Embajada, no es sólo eso. Los éxitos de mayor importancia se han conseguido siempre en las sobremesas y no en los despachos. Y con una frase afortunada y no con un largo discurso. Ignoro si en el Ministerio comparten estos puntos de vista. Pero; en fin, nos hemos ido del tema. Así que... la Cancillera... a ti te parece que...

ÁNGEL.- Claro como el agua.

PATRICIO.-

Una mujer de clamor, no es, y sin embargo... tiene algo, ¿verdad?

ÁNGEL.- Ya lo creo. La nariz, esencialmente la nariz.

PATRICIO.- (Muy técnico.) Yo no me atrevería a asegurarlo. Quizá la barbilla... Una barbilla con personalidad. Que es muy difícil, ¿sabes? Porque una boca con personalidad o unos ojos, se encuentran fácilmente. Pero una barbilla... ¡ah, eso es harina de otro costal!

ÁNGEL.- Pues, sí, es cierto; quizá sea la barbilla.

PATRICIO.- Y ahora, yo debo decirte una cosa. A mí, Alejandra me sale por una friolera. Yo me he casado hace meses y mi mujer es la única que me importa. Conste que te lo digo con el corazón en la mano. Esto sentado, imagínate que, a mí, por lo que fuese, me conviniera insinuarme un poco con Alejandra; ¿cómo convengo yo a Mercedes de que lo que persigo, si llega el caso, es el bien del país y no los encantos de la Cancillera?

ÁNGEL.- Mercedes es bastante inteligente para saber dónde empieza el donjuanismo y dónde la diplomacia.

PATRICIO.- En fin; confiemos en que no se presente la ocasión.

ÁNGEL.- ¡Ah! En cuanto a eso...

PATRICIO.- ¿Qué pasa? Alejandra... ¿es mujer de historia?

ÁNGEL.- De historia, así, en singular, no creo; ahora, de historias, sí.

PATRICIO.- Vaya... ¿Y el Canciller?

ÁNGEL.- De historietas.

PATRICIO.- (Con orgullo de hispanohablante.) Qué lengua más expresiva la nuestra, ¿verdad, Ángel? Cuántos matices caben en una misma palabra, según que se use en singular o en plural o en diminutivo...

ÁNGEL.- ¡Uff... imagínate!

PATRICIO.- ¿Y por qué has dicho ¡Ah!, así de esa forma?

ÁNGEL.- Porque la Cancillera es de las que no se paran en barras. Es como una niña mimada, que acostumbra a salirse siempre con sus caprichos. Hace unos años, por cuestión de límites, se estuvo a punto de una ruptura diplomática. Todos creían que se iba a una retirada de Embajadores. Nosotros, venga de informar al Ministerio que no y que no. ¿En qué nos basábamos? En que la Cancillera bebía

los vientos por el Embajador del país vecino y no estaba dispuesta a que se lo quitasen por una cuestión de límites, puesto que ella se los había saltado todos a la torera. Y en efecto: se nombró una comisión que transigió y listos.

PATRICIO.- En ese caso no me atrevería yo a censurarla porque, al fin y al cabo, puso su pasión al servicio de la paz.

ÁNGEL.- Eso es cierto. Lo que sucede es que si un día se le ocurre ponerla al servicio de la guerra, arma la de Dios es Cristo.

PATRICIO.- En el caso nuestro no hay peligro ninguno.

ÁNGEL.- No, en el nuestro, la verdad sea dicha... (Cambia de tono de voz.) Ojo, Ministro, la Cancillera, audaz como una amazona, llega por el jardín.

PATRICIO.- No es posible.

ÁNGEL.- Está entrando. Me dijo que iba a tomar un poco el aire antes de ir a su casa. Debe tener el sueño ligero. Buena suerte.

Como hubiera dicho Nelson: «la Campsa espera que cada cual cumpla con su deber».

(Y se va por la derecha. Acaba de salir cuando aparece en el foro ALEJANDRA. Escatimando mucho sus evidentes encantos cabe admitir que estos quedan reducidos a los de su barbilla. Pero con excesivo rigor y aun injusticia, ALEJANDRA es una de las mujeres más bonitas del continente americano, y en todo caso después de la primera actriz, la más bonita de la compañía. Sesea, lo cual es lamentable que lo haya admitido la Academia, porque le ha quitado así a tan deliciosa prosodia el incentivo del pecado.)

ALEJANDRA.- ¡Manos arriba!

PATRICIO.- ¡Ah, qué deliciosa, sorpresa! ¿De dónde sale usted, señora? Alejandra estaba apostada en las sombras y esperando que los dueños de la casa se descuidasen para asaltarla.

PATRICIO.- ¡Qué, divertido!... Voy a llamar a mi mujer, por si no se ha acostado. (Se asoma por la izquierda y con voz completamente natural, la llama.) ¡Mercedes, Mercedes...! (Considera cumplido ese trámite y desiste de seguirla llamando.) Siéntese, Alejandra. Bebamos un whisky.

ALEJANDRA.- De ningún modo. Pasaba por la carretera, de vuelta de mi paseo nocturno. Vi lus y pensé que no sería demasiada osadía la de entrar.

PATRICIO.- Al contrario; tuvo una idea encantadora.

ALEJANDRA.- Estaba un poco intranquila, se lo confieso. ¿Me permite? (Busca entre los almohadones del sofá y saca una pitillera de oro.) No sabía si había olvidado o no mi pitillera. Pensaba en telefonarle, pero me pareció más directo...

PATRICIO.- ¡Ah, magnífico!... ¿Y la ha encontrado?

ALEJANDRA.- Ya lo ve. Ahora, me voy más tranquila,

PATRICIO.- No se me hubiera ocurrido buscarla ahí.

ALEJANDRA.- Como estuvimos conversando; se conose que... sin darme cuenta...

PATRICIO.- Sí, así debió ser. Es una pitillera preciosa.

ALEJANDRA.- Sí, es muy bonita. Y tiene para mí un valor sentimental. Fue un regalo del Embajador Arias Gardoqui. Cuando se produjo el incidente aquel por la cuestión de límites, que ya-conoce usted sin duda alguna...

PATRICIO.- Sí, sí, claro...

ALEJANDRA.- ... me la regaló el mismo Embajador, agradecido a mi intervención tan amical. Vea lo que dice dentro. «A Alejandra Aymat, que tanto luchó por borrar las diferencias entre nuestros dos pueblos».

PATRICIO.- Es una dedicatoria que debe enorgullecerla.

ALEJANDRA.- Pues... sí. Es cierto... Las mujeres estamos para eso. ¿No lo cree usted, Arnáis? Para estrechar lasos...

PATRICIO.- Naturalmente.

ALEJANDRA.- Para neutralizar la violencia masculina... Ah, cuántas veces, un gesto, una palabra, ayuda a salir de transe espinosos... no sólo a las personas, sino a los países.

PATRICIO.- Tiene usted toda la razón, Alejandra.

ALEJANDRA.- En fin, le dejo...

PATRICIO.- ¿No quiere, de verdad, quedarse a tomar una copa? (De nuevo con el mismo tono convencional de la vez anterior.) Mercedes, Mercedes...

ALEJANDRA.- No, créame es mejor que me vaya... Y discúlpeme esta aparición.

PATRICIO.- Esta divina aparición.

ALEJANDRA.- ¡Oh, qué lindo adjetivo!... Nos veremos mañana en Uruguay, espero. Dan un cocktail a las siete...

PATRICIO.- Sí, claro está.

ALEJANDRA.- ¿Cómo no estuvo ayer en Brasil?

PATRICIO.- Estuve... sólo que fui primero a Holanda. Se conoce que nos cruzamos.

ALEJANDRA.- No le vi... Lo siento... Hasta mañana en Uruguay, Patrisio...

(Le besa la mano en el umbral de la puerta, con notoria insistencia.)

PATRICIO.- Hasta mañana en Uruguay.

ALEJANDRA.- (Mientras dura el beso de PATRICIO) ¿Acabó ya...?

PATRICIO.- ¿Le ha parecido largo?

ALEJANDRA.- No, corto, como un suspiro... Pero nada de empesar de nuevo. Buenas noches, Patrisio.

(Y hace mutis por el foro. MERCEDES ha aparecido en bata unos segundos antes, a tiempo de asistir a esta tierna despedida. Ahora, cuando PATRICIO la da por acabada, se vuelve y se encuentra con su mirada acusadora. Se disculpa con las palabras que ya empleó antes.)

PATRICIO.- Acto de servicio, Mercedes, acto de servicio...

(Y rápidamente cae el...)

TELÓN

Parte II

Cuadro I

La misma iluminación de la primera parte. Es de noche. La luz de la luna ilumina el jardín, que la puerta del foro, completamente abierta, deja ver en todo su esplendor.

Al comenzar la acción, OCTAVIA aparece por la derecha. Trae una pequeña cajita de celofán con una orquídea. MERCEDES entra, precipitadamente, por la izquierda.

MERCEDES.- (Habla en tono de complicidad, como temerosa de ser oída.) ¿Qué ha dicho, Octavia?

OCTAVIA.- No he conseguido sacarle nada en claro. Que él no sabe nada, que a él le han dado el encargo de repartir unas flores y entre ellas, la orquídea de todos los días.

MERCEDES.- ¿Y quién es el que le ha dado el encargo?

OCTAVIA.- El dueño de la tienda, naturalmente.

MERCEDES.- Digo, al dueño de la tienda...

OCTAVIA.- No tiene ni idea.

MERCEDES.- ¿Y le ha prometido una propina si lo averigua?

OCTAVIA.- Sí, pero dice que es muy difícil.

MERCEDES.- Ya lo suponía. (Transición.) Bueno, ¿y por qué no le ha devuelto la orquídea?

OCTAVIA.- Porque... se me fue el santo al cielo, la verdad.

MERCEDES.- Escuche, Octavia. Con esta de hoy son ya diez las orquídeas que llegan a esta casa con una tarjeta que dice

escuetamente Adrián Elizaga. Ni en la guía de teléfonos, ni en el Club de la Estrella, ni en el listín del Cuerpo Diplomático, ni en parte alguna encuentro a Adrián Elizaga, ni hay quien le conozca. Pero yo no puedo seguir aceptando una orquídea más de ese señor, porque no estoy dispuesta a que nadie me corteje. ¿Entendido?

OCTAVIA.- Sí, sí, claro...

MERCEDES.- Por lo tanto, diga en la portería que cuando llegue la orquídea de mañana, la devuelvan.

OCTAVIA.- ¿Y no le da miedo a la señora que, por casualidad, mañana precisamente, llegue una orquídea de otro señor y le haga usted ese desaire?

MERCEDES.- Sería mucha coincidencia. Pero, por si acaso, le autorizo a que abra el sobre y si es del tal Elizaga, la devuelva a su punto de origen.

OCTAVIA.- Bueno; ya estaré al cuidado. Y, sobre todo, le advertiré al portero que me llame.

MERCEDES.- Conforme. Y esta, como de costumbre, póngasela o désela a quien le parezca más oportuno.

OCTAVIA.- ¡Huy, señora...! Si es preciosa: Yo creo que debía ponérsela usted para la comida de esta noche.

MERCEDES.- Yo no asisto a esa comida.

OCTAVIA.- Ah, pensaba que...

MERCEDES.- No, no, no asisto...

(Un poco enigmáticamente hace mutis por la izquierda. En este momento, PATRICIO y ÁNGEL entran por la puerta del foro. PATRICIO trae un vaso de whisky en la mano. Los dos visten de frac. PATRICIO lleva una banda sobre la camisa planchada y unas pequeñas condecoraciones en la solapa izquierda. ÁNGEL, solamente la cinta de una cruz en el ojal.)

PATRICIO.- Octavia, a propósito: ¿sabe usted si Frutos sacó las entradas para la ópera de mañana?

OCTAVIA.- (Oculta como puede la orquídea.) Sí, están en su cuarto, señor.

PATRICIO.- Muy bien, Octavia. (A ÁNGEL.) ¿Crearás que me hace ilusión oír Rigoletto?

ÁNGEL.- ¿Cuántos entreactos tiene?

PATRICIO.- Caramba, qué pregunta más rara...

ÁNGEL.- Te confieso que las óperas me aburren un horror, pero los entreactos me divierten muchísimo.

PATRICIO.- Pues tres la de mañana. A mí, tratándose de óperas, hasta los entreactos me aburren, pero en Rigoletto lo paso muy bien. Es por la donna é mobile, ¿sabes? Hace mil años que no veo Rigoletto. Desde que mis padres, abusando de que era un niño, me llevaban a la ópera. Mañana la saludaré igual que a una amiga. «¿Qué tal, donna é mobile? ¿Cuántas cosas han pasado por el planeta y por mí desde que te oí la última vez! Tú sigues lo mismo; tan descarada y tan pegadiza como siempre. Yo he perdido un poquito de línea, he

ascendido otro poquito en el escalafón y estoy algo más viejo, pero sigo defendiéndome. Igual que tú, donna é mobile del demonio».

ÁNGEL.- Va a ser una noche de evocaciones.

PATRICIO.- Pero de mucha menor emoción que la de hoy.

ÁNGEL.- Ah, eso sí...

PATRICIO.- El Canciller en casa. ¡Qué maravilla!, ¿verdad?

ÁNGEL.- Ya lo creo.

PATRICIO.- A propósito: ¿hiciste la mesa? ¿Cómo has distribuido los puestos?

ÁNGEL.- No había problemas. A la derecha de Mercedes, el Canciller; a la izquierda, el ministro de Cultura. A tu derecha; la Cancillera, y a tu izquierda; Victoria Ruiz Anoy, la ex mecanógrafa; que habla siempre por correspondencia. Después los ministros de Holanda, Florián Sanchís, el argentino, la viudita Luchi, que lo adora; los Antúnez, Corina Blanco y, por fin, el poeta Arenales, que es un cursi que aflige.

PATRICIO.- Por cierto, ¿qué pinta aquí el poeta Arenales?

ÁNGEL.- Es un protegido de Ruiz Anoy, que le está muy agradecido porque dedicó un soneto a elogiar la inclusión del griego en su nuevo plan de bachillerato.

PATRICIO.- ¿Y es un buen poeta?

ÁNGEL.- No, malísimo. Pero es, según dicen, el poeta más rico del mundo.

PATRICIO.- Mientras al Aga Kan no se le ocurra publicar un libro de versos...

ÁNGEL.- ¡Ah, eso claro!... Desde luego, este Arenales a la hora del café es peligroso.

PATRICIO.- ¿Por qué?

ÁNGEL.- Recita.

PATRICIO.- Bueno, si se desahoga con un soneto...

ÁNGEL.- Lo peor es que ha escrito también un Elogio a la Enseñanza Superior, en tres cantos.

PATRICIO.- ¡Ah, eso sería más grave...! (En este momento, OCTAVIA entra por la puerta del foro.) Octavia, dígame a la señora que haga el favor de bajar, que los invitados llegarán de un momento a otro.

OCTAVIA.- Pero ¿la señora, cena...?

PATRICIO.- ¿Cómo si cena?

OCTAVIA.- Es que creía que...

(MERCEDES aparece por la izquierda. Viste traje de calle.)

MERCEDES.- Tiene razón, Octavia. Yo no ceno.

(OCTAVIA hace mutis por la izquierda sin detenerse. PATRICIO se queda mirando a MERCEDES de hito en hito.)

PATRICIO.- Je, je... Bromeas, ¿no?

MERCEDES.- De ningún modo. Nunca he hablado con tanta seriedad.

PATRICIO.- Así, pues...

MERCEDES.- No ceno: ¿está claro?

PATRICIO.- Y eso me lo dices ahora...

MERCEDES.- Eso te lo he dicho apenas anunciaste quiénes serían tus invitados hoy.

PATRICIO.- Soy un ingenuo, Mercedes, pero no te supuse capaz de semejante locura.

MERCEDES.- Pues ya ves que sí.

PATRICIO.- Escúchame, Mercedes. La cena es a las ocho y, por tanto, no hay un segundo que perder. Vas a vestirte inmediatamente. Es una orden que te doy; como marido de una parte, y de otra, como representante de España.

MERCEDES.- (Se sienta.) Me perdonarás que no conceda beligerancia a ninguno de los dos.

PATRICIO.- Te suplico, Mercedes, que no me repliques y que vayas a cambiarte de traje inmediatamente.

MERCEDES.- Te he dicho qué no.

PATRICIO.- Conforme: yo no puedo cogerte del brazo y obligarte a que lo hagas. Pero te doy mi palabra de que mañana mismo te deposito en el primer avión que toque en Valladolid.

MERCEDES.- ¿Qué? ¿Me amenazas?

PATRICIO.- Sí.

MERCEDES.- Para eso sí eres hombre...

PATRICIO.- No me faltes al respeto, Mercedes, delante de mis subordinados.

MERCEDES.- Claro, se conoce que necesitas el campo libre.

PATRICIO.- Sí, Mercedes. Yo soy como esos microbios que caen en el campo de observación del microscopio y a los que un médico en bata sigue los pasos, igual que un policía.

MERCEDES.- Ya entiendo. Y tú intentas dar esquinazo al policía.

PATRICIO.- (Con un fondo de irritación.) Mercedes...

MERCEDES.- Abusas de que estoy sola y lejos de mi casa... y me torturas... Eres malo... y cruel...

PATRICIO.- (Conciliador.) Mercedes...

(PATRICIO y ÁNGEL cambian una mirada de inteligencia. ÁNGEL inicia el mutis por el jardín.)

MERCEDES.- Déjame... Me iré mañana, muy bien. Ya puedes tomar el billete.

PATRICIO.- Escúchame, Mercedes...

MERCEDES.- Y todo el mundo me dará la razón cuando llegue a España, porque lo que estás haciendo conmigo es indigno. Desde que has conocido a esa señora, allí donde te la encuentras, a coquetear con ella. Y lo grave es que no sé dónde te la encuentras.

PATRICIO.- No confundas el coqueteo y la cortesía.

MERCEDES.- Sé muy bien lo que me digo. Esa golfanta, que me la quieres meter, por las narices, con más horas de vuelo que la Pompadour...

PATRICIO.- La Pompadour no tenía ninguna hora de vuelo, Mercedes.

MERCEDES.- ... y a la que en Valladolid no saludaría nadie.

PATRICIO.- Hija, qué puntos de referencia se te ocurren...

MERCEDES.- Después de haber conocido un poco al mundo, he llegado a la conclusión de que, en cuestiones de moral, no hay normas tan verdaderas como las que rigen allí. Por eso, es un rasero del que no prescindo y que aplico a diario. De todas las amiguitas de ocasión que me surgen cada mañana, yo me pregunto: A esta, ¿la tratarían en Valladolid? Y a Alejandra Aymat, bueno, a esa es que no sé siquiera por qué la tratan aquí.

PATRICIO.- Mira, Mercedes, después, más despacio, haremos un estudio comparativo de la moral en las principales ciudades de Europa y América. Ahora, tengamos la fiesta en paz. Arréglate rápidamente, que ya me parece milagroso que no haya llegado nadie.

MERCEDES.- No.

PATRICIO.- ¿Qué te propones? ¿Arruinar mi carrera?

MERCEDES.- No, no... Ni que te pasen por las armas... Simplemente demostrarte que Alejandra Aymat no me es persona grata. Te alegraré oírme hablar en lenguaje diplomático.

PATRICIO.- Tú debes saber que en nuestra carrera una cosa así es muy grave; que un detallito insignificante tiene un valor enorme; que, por ejemplo, cualquier ama de casa puede encontrarse con que las truchas que sirve están un poco pasadas, pero que a Martín Ayora, que le sucedió eso en Holanda, le costó pedir la excedencia, que cualquier mortal puede equivocarse, pero que el Conde de Villaluz, que confundió al Embajador de Irak con el de Irán y le fue dando conversación al revés en una ceremonia oficial, fue trasladado fulminantemente y que si tú te niegas a hacer los honores nada menos que al Canciller y a su esposa, echas un baldón en mi hoja de servicio que no me lo quito en veinte años.

MERCEDES.- Tu carrera: eso es lo único que te preocupa, tus ascensos, tu vanidad. Cuando te llama excelencia algún cursi o algún adulator; pones una cara de éxtasis que te traiciona, palabra. Te voy a dar gusto, pero por última vez. Asistiré a esa comida; ahora, te juro que si sorprende entre Alejandra y tú la menor sonrisa, o el menor gesto de inteligencia, armo una que te cuesta el pedir el traslado.

PATRICIO.- Bien. Conforme. Entretanto, hazme el favor de ir a vestirme.

PATRICIO.- De acuerdo.

(MERCEDES hace mutis y regresa instantáneamente.)

MERCEDES.- (Sumisa.) ¿Qué traje te parece que me ponga? ¿El rosa o el claro de encaje?

(Es innecesario decir que la pregunta debe acomodarse al guardarropa de la actriz.)

PATRICIO.- (Casi mecánicamente. Aún no repuesto de su anterior excitación.) El de encaje.

(Mutis por la izquierda.)

PATRICIO.- (En voz alta y muy autoritariamente, para presumir de hombre enérgico delante de ÁNGEL que ha vuelto a entrar.) ¡¡Y date prisa, que es tarde!! (A ÁNGEL.) Perdona que te hayamos hecho testigo de esta escenita.

ÁNGEL.- Por Dios, querido Ministro...

PATRICIO.- Mercedes, claro, anda nerviosa...

ÁNGEL.- Sí, eso se ve.

PATRICIO.- Y lo peor es que no le falta razón.

ÁNGEL.- Claro, claro...

PATRICIO.- El teléfono que suena más veces de lo que conviene... alguna bromita indiscreta... y si no me equivoco, algún anónimo...

ÁNGEL.- ¿Es posible?

PATRICIO.- Sí, estoy seguro.

ÁNGEL.- ¿Y quién crees que...?

PATRICIO.- El Comité de España Republicana.

.- ÁNGEL ¿Sí...?

PATRICIO.- Que ya que no puede hacer cosa de más fuste, se dedica a buscarme líos domésticos. Total, que me voy a ver en un aprieto.

Porque, ¿cómo corto yo por lo sano, Ángel, a pocas fechas de la adjudicación de las concesiones, cuando toda información es poca y nuestros competidores andan moviéndose como locos? ¿Eh?

ÁNGEL.- Sí, es un problemita...

PATRICIO.- Estamos en una hora crítica, Ángel. Y a propósito; ¿Qué hora es?

ÁNGEL.- Las nueve menos veinticinco.

PATRICIO.- ¿Y cómo no ha venido nadie todavía? La cita era a las ocho, ¿no es así?

ÁNGEL.- Sí...

PATRICIO.- Empieza a sorprenderme el retraso... (Saca una pequeña agenda de su bolsillo.) Viernes, 25, ocho. Comida Legación.

ÁNGEL.- No, no. Sábado.

PATRICIO.- ¿Cómo sábado? El 25 es viernes y no sábado.

ÁNGEL.- Quiero decir que la comida se anunció para el sábado, vamos, para hoy.

PATRICIO.- Es que hoy no es sábado, Ángel, sino viernes.

ÁNGEL.- No, por Dios, Ministro, hoy es sábado, mañana será domingo.

PATRICIO.- (Con notorio mal humor.) Mañana será sábado, hoy es viernes.

ÁNGEL.- No, no, es un error... Voy a preguntarlo por teléfono.

(Hace ademán de dirigirse al aparato.)

PATRICIO.- Mi agenda, ¿no basta? (Se la enseña.)

ÁNGEL.- Viernes... 25... Tiene que estar equivocada.

PATRICIO.- Aquí no hay nadie equivocado sino tú. Confiésalo: ¿Para cuándo hiciste las invitaciones?

ÁNGEL.- Pues yo... la verdad, para el sábado.

PATRICIO.- O sea... para mañana.

ÁNGEL.- Yo hubiese jurado que para hoy.

PATRICIO.- Pues hubieses jurado en falso, Ángel. Las has hecho para mañana y por ese motivo no es que nuestros invitados lleguen con cuarenta minutos de retraso, es que los estamos esperando con veinticuatro horas de adelanto.

ÁNGEL.- Querido Ministro: yo...

PATRICIO.- Querido Secretario: te considero capaz de desorganizar la industria pesada norteamericana, el Almirantazgo inglés y la Academia Francesa, sólo con que te dejen suelto veinticuatro horas. A mí, en pequeña escala, acabas de hacerme polvo, una cena de catorce cubiertos, la noche de hoy que me queda en blanco, y la noche de mañana, que cantan Rigoletto... Pues, hale, a no desperdiciar esas dotes excepcionales, amigo mío.

ÁNGEL.- Una equivocación, Ministro, la tiene cualquiera.

PATRICIO.- Nada de quitarse méritos, Ángel. Una sí; pero catorce diarias, no. Y ese es tu caso y lo que hace de ti algo fuera de serie. (A FRUTOS, que entra por la izquierda.) Frutos: por indisposición repentina de nuestros invitados se aplaza hasta mañana la comida anunciada para hoy. Avíselo en la cocina.

FRUTOS.- Muy bien, señor Ministro.

PATRICIO.- Y dígale a la señora que...

FRUTOS.- (Desde la puerta.) Aquí está la señora.

(Y hace mutis por la izquierda. MERCEDES se ha cambiado de traje y viene, elegantísima, por la izquierda.)

MERCEDES.- Llego a tiempo, ¿verdad?

PATRICIO.- Pues, sí, desde luego, como llegar a tiempo, llegas a tiempo.

(La invita a sentarse con el ademán en el centro del sofá, PATRICIO, a la izquierda. ÁNGEL, a la derecha. Oscuro. Al hacerse la luz de nuevo, aparecen sentados en la misma actitud, pero ÁNGEL y PATRICIO han cambiado sus puestos. Han pasado veinticuatro horas desde el cuadro anterior, según pronto se verá. Diez o doce segundos permanecen en silencio, con aire aburrido. OCTAVIA se presenta por la lateral derecha. Trae una cajita de celofán, atada con una cinta análoga a la que utilizó el misterioso ADRIÁN ELIZAGA en el primer cuadro. MERCEDES, al verla, se levanta y va hacia OCTAVIA, con la que habla en voz baja.)

MERCEDES.- ¿Otra orquídea?

OCTAVIA.- Sí, pero...

MERCEDES.- ¿Por qué no la devolvió, conforme le dije?

OCTAVIA.- Porque es que no la manda ese señor Elizaga.
MERCEDES.- ¡Ah!
OCTAVIA.- Sino el señor Canciller... Vea la tarjeta...
MERCEDES.- Anda... Buena la hacemos si llegamos a devolverla.
OCTAVIA.- Por algo ayer tuve la corazonada de prevenir a la señora.

MERCEDES.- Magnífico. Es usted la Providencia en persona. Déjemela ver. (La saca de la caja, se la coloca en la cintura o en el pecho, donde le agrada y avanza al encuentro de su marido y de ÁNGEL.)
Fijaos qué preciosidad de orquídea me manda el Canciller.
ÁNGEL.- Es muy bonita...
MERCEDES.- ¿Queda bien así, Octavia? (Se la prende a su gusto.)
OCTAVIA.- ¡Huy, ya lo creo!

(Mutis de OCTAVIA por la izquierda. MERCEDES se sienta de nuevo conforme estaba antes. Pausa.)

PATRICIO.- ¿Qué hora es ya?
ÁNGEL.- Las ocho y diez.
MERCEDES.- ¡Bah!... unos minutos.
PATRICIO.- Pero se retrasan.
ÁNGEL.- Sí, se retrasan.
PATRICIO.- Tú pusiste en las invitaciones veinticinco... de abril, naturalmente.
ÁNGEL.- (Dignísimo.) Querido Ministro, ¿por quién me has tomado?
PATRICIO.- (Excitadísimo.) De ti no me sorprendería nada, Ángel.
Y, sobre todo, menos encrespase. Contéstame concretamente. ¿De abril o de mayo?
ÁNGEL.- ¡De abril!
PATRICIO.- Dígame... Sí, sí, es aquí... Ah, ¿qué hay, Chita?... Pero qué pena, qué pena... Pobre, ¿y ha muerto instantáneamente?... Ya me lo supongo... Doce años, imagínate... Y con lo sensible que es tu marido para estas cosas... Pues nada, no os preocupéis; nos hacemos cargo de vuestra situación y sentimos mucho que faltéis, pero lo primero es lo primero. Un gran abrazo, Chita, mío y de Mercedes. Iremos a veros. Adiós, adiós. (Cuelga.)
MERCEDES.- ¿Quién es, Chita Antúnez?
PATRICIO.- Sí.
MERCEDES.- ¿Y qué les pasa?
PATRICIO.- Se disculpan por no poder venir. Figúrate que la furgoneta de Correos acaba de atropellarles al perro. Están desolados...
MERCEDES.- Pobre.
PATRICIO.- Cuando la mala suerte se ceba en las personas... La hija mayor, divorciada; el chico, un retrasado mental que todavía no distingue las mayúsculas de las minúsculas, y ahora lo del perro.
MERCEDES.- Es terrible.
ÁNGEL.- (Apuntándose un tanto.) Claro que había recibido la invitación.

MERCEDES.- Ah, sí, eso desde luego.

PATRICIO.- Frutos... (Se levanta y le llama por la izquierda.)

FRUTOS.- Dígame, señor.

PATRICIO.- Retiren los cubiertos de los señores de Antúnez.

FRUTOS.- Muy bien. (Suena de pronto una descarga en la radio. Comprensivo.) Octavia, señor...

PATRICIO.- Pues dígame que aplase sus experiencias para otra oportunidad, que si los invitados hubiesen sido más puntuales les habría dado un susto de espanto.

FRUTOS.- Sí, sí, ya se lo diré. Como sabe que la comida es a las ocho y media se conoce que... se ha confiado.

PATRICIO.- ¿Qué es eso de las ocho y media?

FRUTOS.- Llamaron del Ministerio de Cultura Pública para confirmar si esa era la hora, tal y como decía la invitación o si había error.

PATRICIO.- ¿Y qué contestó usted?

FRUTOS.- Que no, que no había error ninguno.

PATRICIO.- (A punto de morder, pero con aire inofensivo.) Como así es; no hay ningún error.

(Mutis de FRUTOS.)

ÁNGEL.- Ya, si queremos sacarle punta a todo y vamos de mala fe...

(PATRICIO ha vuelto a sentarse.)

PATRICIO.- No, no, ¿a quién se le ocurre? Pero, mira, si por casualidad cayese una de esas invitaciones en mis manos, te juro que la pondría en un marco de plata. Es una obra maestra.

MERCEDES.- Bueno, bueno, ya se ha hablado de eso bastante.

(Pausa.)

PATRICIO.- (Súbitamente.) Oye, dijiste que de frac, ¿no?

ÁNGEL.- (De pie.) ¡Ministro!...

PATRICIO.- (Hecho un energúmeno.) Si veo entrar por esa puerta a un solo invitado que no lleve frac, prometo ayunar a pan y agua mientras no se te forme expediente.

ÁNGEL.- (Con manifiesta frialdad.) Bien, Ministro, bien.

MERCEDES.- (Conciliadora.) Vaya, vaya, Jesús... A veces parecéis dos niños. (Transición.) Dime, Patricio, ¿qué banda es esa que llevas?

PATRICIO.- (Aún visiblemente malhumorado.) ¡La del Honor Agrícola!

MERCEDES.- ¿Y cómo fue que te la dieron?

PATRICIO.- Por defender la uva de Almería.

MERCEDES.- ¡Ah! Cuéntame, cuéntame...

PATRICIO.- No creo que haya nada interesante que contar. Fue en el Tratado con Alemania de 1948, que decían que allí no gustaba la uva de Almería y yo me empeñé en que tenía que gustar.

MERCEDES.- ¿Y lo conseguiste?

PATRICIO.- (Furioso.) A la vista está, me parece, a mí...

MERCEDES.- No, si acabaré pagando yo los vidrios rotos.

PATRICIO.- Es que son ganas de preguntar cosas inútiles.

MERCEDES.- Hombre, es que, perdóname, pero una banda de ese porte sólo por lo de la uva...

PATRICIO.- ¿Qué? ¿No la consideras merecida?

MERCEDES.- ¡Psch!... Líbreme Dios de ofenderte, pero...

PATRICIO.- (Con una cólera retenida.) Quinientos mil barriles de uva de Almería, sin novio, a punto de pudrirse en el puerto, y los alemanes que no y que no, y yo venga y dale, que si la uva tiene propiedades diuréticas y que si tal y que si cual, y ellos que, naranjas de Valencia, que sí, pero que uvitas, que no; y el Alcalde de Almería, telegrama va y telegrama viene, y las fuerzas vivas de Almería friéndome a llamadas desde las siete de la mañana a las doce de la noche, y los alemanes que si les imponen la uva, que no cuenten con ellos para nada, y yo echando los pies por alto y diciendo que la uva de Almería o la guerra, y al fin, los alemanes que hocican y se tragan los quinientos mil barriles sin pestañear, y en Almería, campanas al vuelo, procesiones con la Patrona, bailes públicos, la gente que se abraza por las calles sin conocerse, en fin, lo natural, porque habían conseguido, gracias a mí, vender los quinientos mil barriles del demonio; y en el Ministerio, júbilo, felicitaciones y, como es de cajón, esto que aquí ves (Señala la banda.) , y mira por donde tenía que ser justamente mi mujer quien viniese a decirme que, a su juicio, se habían excedido y que la Banda del Honor Agrícola debe ser algo muy tirado cuando me la han dado a mí sola y exclusivamente por lo de la uva de Almería. (Acaba su párrafo a dos pasos del ataque epiléptico.)

MERCEDES.- ¡Huy, huy, Patricio!... Estás muy excitado y te advierto que no te consiento que me trates así, vaya... Y lo que sucede es que te he dicho una verdad como un templo, y eso siempre escuece. Y si ahora resulta que la diplomacia es eso y que así se ganan las bandas, pues, mira, también podría yo tener alguna. Y tía Úrsula, ya no digamos. Cosas más difíciles le he visto hacer yo durante la guerra. Salir con dos estilográficas y unos gemelos de campaña que ríete tú de la uva de Almería y volver con un jamón de Avilés. Y por ahí anda, la pobre, sin una banda en que caerse muerta. Tanta diplomacia y tanta tontería. «Yo te doy piritas y tú me das carbón de Gales; yo te doy agrios -que por cierto, dais mucho de eso- y tú me das productos manufacturados»... Igual que en mi colegio de niña: te cambio tres calcomanías por un retrato de Gary Cooper». Regateo puro y sanseacabó... Como cuando fijáis el precio del dólar a treinta y ocho pesetas con cincuenta y dos céntimos y medio, por ejemplo. ¿A qué se debe sino a que antes habéis tenido un tira y afloja de espanto? «Que no, que en treinta y nueve pesetas no me lo llevo», «Pues es lo último», «Para que vea que quiero hacerme

cliente, treinta y ocho con sesenta», «Bueno, pero que no se enteren en Francia». ¿Sabes lo que te digo? Que ya estoy cansada de que os las deis de genios y que es injusto que nos hayáis prohibido a las mujeres el ingreso en la carrera.

PATRICIO.- (Reconciliado, ante el enemigo común, con ÁNGEL) ¿Qué te parece, Ángel? Y lo de las concesiones, que nos trae a mal traer y que es la base de la comida de hoy, ¿crees que tu tía Úrsula lo llevaría también con la punta del capote, como quien no quiere la cosa?

MERCEDES.- No me sorprendería nada.

PATRICIO.- En fin, mejor es que no sigamos discutiendo. No conseguiríamos...

(Suena en el foro la campanilla que se supone da a la puerta del jardín. PATRICIO se interrumpe. ÁNGEL inicia un gesto de suficiencia como diciendo: «No parece que sea tan mal organizador... ». PATRICIO mira su reloj de pulsera.)

ÁNGEL.- Las ocho y media. ¡Qué puntualidad!

(Por la izquierda salen FRUTOS y OCTAVIA. FRUTOS hace mutis por el foro. OCTAVIA espera en el umbral. PATRICIO, MERCEDES y ÁNGEL se levantan para dar la bienvenida a los invitados. Hay una pausa prudencial, mientras se supone que FRUTOS abre la puerta del jardín.

MERCEDES.- ¿Quiénes son, Octavia?

(OCTAVIA está casi fuera de escena. Por ello, se la supone con visibilidad superior a la de los restantes visitantes.)

OCTAVIA.- Los señores Ministros de Cultura Pública, creo...

ÁNGEL.- De frac, ¿no?

OCTAVIA.- No, no, de smoking...

PATRICIO.- (Espantado.) ¿De frac, no?

OCTAVIA.- No, no. De smoking.

PATRICIO.- ¡Ajjjj! (Es como si abriera una navaja albaceteña de siete muelles.) ¡Malvado! ¡Canalla! ¡Miserable!

(Y deshaciéndose la corbata sale de estampía por la izquierda, al mismo tiempo que ÁNGEL, por la derecha.)

OSCURO

Cuadro II

Al hacerse la luz están en escena -ellos de smoking, ellas con traje de noche- los siguientes personajes; MERCEDES, naturalmente, y ALEJANDRA; El POETA ARENALES; RUIZ ANOY, Ministro de Cultura pública; FLORIÁN SANCHÍS, el diplomático argentino, y LUCHI, la viuda de Núñez Tamarit. El POETA ARENALES es uno de los pocos poetas económicamente poderosos de que se tiene memoria. No ha hecho su fortuna con sus versos, lo cual sería imposible, como podría verse si escuchásemos alguno, pero se gasta una parte de ella en difundirlos. Habla con cierta prosopopeya, como si recitase, cosa que, suele hacer a menudo. RUIZ ANOY, Ministro de Cultura Pública, que es un hombre de cincuenta y tantos años, le oye siempre con arrobo y cree, o finge creer, que ARENALES es el nuevo Rubén Darío de la lírica castellana. FLORIÁN SANCHÍS es un muchachote efusivo y cordial. Al comenzar la acción, suena muy tenue una música de fondo.

Los invitados de PATRICIO y MERCEDES, beben.

RUIZ ANOY.- (Habla con un vago e impreciso acento hispanoamericano.) Óigame, Arenales, ese soneto lo encuentro, óigame, impresionante.

ARENALES.- Lo compuse en una de mis posesiones de Playa Nueva. Poca cosa... Es su Decreto lo que yo hubiese querido escribir: ese sí que es inmortal.

RUIZ ANOY.- ¿Qué vale mi Decreto? «Artículo único: Declarando obligatoria la enseñanza del griego en el Bachillerato». Óigame, y se acabó.

LUCHI.- Quién supiese griego...

MERCEDES.- (A ALEJANDRA.) Usted sí lo sabe, ¿verdad, Alejandra?

ALEJANDRA.- (Que está visiblemente nerviosa y mira con marcada insistencia la puerta del foro.) No, no...

MERCEDES.- Pero latín, sí, estoy segura.

ALEJANDRA.- (Con inocencia.) No, no...

MERCEDES.- Lo hubiese jurado.

RUIZ ANOY.- A ustedes les gusta leer, claro...

MERCEDES.- Imagínese...

LUCHI.- Yo es que no me puedo hacer la permanente sin leer.

RUIZ ANOY.- ¡Qué bien, qué bien!

LUCHI.- Me arruino en libros. Hay meses que compro dos. Y ahora no es como antes que podía una tirarse el lanse de leerlos a medias. Ahora, no, al presio que se han puesto, hay que ahorrar y leérselos enteritos. Que no todas las fortunas son como las del amigo Arenales.

ARENALES.- (Pomposamente.) De dinero y de bondad - la mitad de la mitad...

LUCHI.- ¡Ah! ¿Ese verso es suyo...?

ARENALES.- No, por Dios...

RUIZ ANOY.- Mañana les mandaré la Oda a la Enseñanza Superior de nuestro ilustre amigo. Que no es un Rockefeller poeta, como algunos insinúan, sino un Virgilio millonario, que es muy diferente.

Los
un

(Por el foro, el CANCELLER, RAIMUNDO AYMAT, ÁNGEL y PATRICIO tres de smoking. PATRICIO, sin la Banda del Mérito Agrícola, naturalmente, con una roseta en el ojal tan sólo, igual que el CANCELLER. Con ellos viene VICTORIA RUIZ ANOY. El CANCELLER es

un hombre que ronda los cincuenta. Tiene un aire desconfiado y astuto, la mirada vivaz, la risa extraña y metálica. Catando se ríe, muestra la dentadura entera, casi agresivamente, a su interlocutor. Mira siempre con recelo, a un lado y otro: tal vez una larga vida de conspiraciones le ha dejado esa huella. En cuanto a VICTORIA RUIZ ANOY, trátase de una criatura incitante y bellísima, bastante llamativa, que justifica con su sola presencia, la boda morganática que le ha unido a su esposo, el Ministro de Cultura Pública. VICTORIA y ÁNGEL quedan un segundo término, en la divisoria del jardín y el salón. RAIMUNDO y PATRICIA avanzan unos pasos. A la llegada del CANCELLER, se descompone el grupo con que comenzó el cuadro. Todos se ponen de pie, pero nótese bien, no en señal de respeto, que no lo inspira en tan gran medida el CANCELLER, sino solamente para cambiar de postura. ALEJANDRA se aproximará a PATRICIO, como quien no quiere la cosa.)

RAIMUNDO.- Diremos a la dueña de la casa que la Legasión es una delisia.

MERCEDES.- ¿Le parece?

RAIMUNDO.- Sólo que al jardín le faltaba algo, que era su presensia...

MERCEDES.- Oh, muchas gracias... ¡Qué amable!

(Siguen hablando en primer término izquierda. ALEJANDRA y PATRICIO hablan ahora en el primer término derecha.)

ALEJANDRA.- (Entre dientes. Celosa.) ¿Qué? ¿Le gusta mucho Miss Underwood? (Señala a VICTORIA.)

PATRICIO.- ¡Por Dios, Alejandra!

ALEJANDRA.- Mire, Patrisio...

PATRICIO.- (Temeroso.) Conténgase, se lo suplico.

ALEJANDRA.- Huy, Patrisio: si usted no sabe cómo he adelantado yo en eso de dominar mis sentimientos.

PATRICIO.- Más vale así, porque mi mujer...

(Su mujer, en efecto, simultanea su conversación con RAIMUNDO y sus miradas a PATRICIO.)

ALEJANDRA.- Bueno, pues, riéndome de manera, que a nadie le llame la atención, le diré que es usted uno de los hombres menos de fiar que he conocido nunca.

PATRICIO.- Ja, ja... ¿Y quién me lo reprocha? La mujer más incomprensiva de América.

ALEJANDRA.- (Súbitamente, con la expresión que corresponde a sus palabras.) Tiene usted un alma de canallita.

PATRICIO.- (En el mismo tono. Con rapidez.) ¿A qué vienen esos insultos, Alejandra?

ALEJANDRA.- Le esperé en Pinar hasta las cinco.

PATRICIO.- Le dije que era día de valija y que seguramente no podría.

ALEJANDRA.- Cuando se quiere, siempre hay tiempo.

PATRICIO.- El tiempo de los hombres, es la cuenta corriente de las mujeres.

ALEJANDRA.- Como anda usted firmando cheques a diestro y siniestro... Claro que, su error consiste en creer que hace más por su país preparando la valija que visitándome. Tengo una noticia importante para usted.

PATRICIO.- ¿De qué trata?

ALEJANDRA.- En la reunión del Gabinete del martes se resuelve lo de las concesiones.

PATRICIO.- ¡Dentro de tres días...!

ALEJANDRA.- Con sus tres noches, Patrisio... ¿Qué? ¿Le interesa el tema?

PATRICIO.- Creo que sí.

ALEJANDRA.- Ofrézcame un whisky en el jardín: hay otros detalles que le conviene conocer también...

PATRICIO.- Un momento... (Cruza al otro extremo y se acerca a RAIMUNDO.) Señor Canciller: ¿un whisky?

(FRUTOS aparece por la lateral izquierda con una bandeja llena de vasos de whisky.)

RAIMUNDO.- Ya lo creo.

(ÁNGEL baja al encuentro de ALEJANDRA, con la que se reúne un instante en el extremo derecha. VICTORIA avanza hacia MERCEDES.)

VICTORIA.- (Habla en efecto como si leyese una carta.) Mi querida amiga Mercedes: ha de permitirme que le felisite por esta comida encantadora. Pocas en lo que va de temporada pueden comparársele. Créame de verdad si le digo que cuenta con la admiración muy sincera de Victoria Ruiz Anoy.

MERCEDES.- Qué amable, qué amable.

VICTORIA.- Yo adoro a los espanoles. Se lo desía a Ángel...

Siempre, en todas partes donde voy, lo primero, a ver qué espanoles hay. Les tengo muchísimo carino. Cuando estuve en Bogotá, calle de Bolívar, número 18, dirección cablegráfica Ruymoy, siempre andaba con los espanoles del consulado.

MERCEDES.- (A PATRICIO, en voz baja.) Me está poniendo nerviosa: ¿por qué no pronuncia las eñes?

PATRICIO.- La Underwood no las tiene.

(ÁNGEL y ALEJANDRA cruzan en primer término de derecha a izquierda.)

VICTORIA.- Usted los conose, ¿verdad, Ángel? A Juan Urrutia y a Pedro Vilaseca...

ÁNGEL.- ¡Ah, sí...!

VICTORIA.- Dos hidalgos, dos grandes senores...

ÁNGEL.- Juan Urrutia es companero.

(PATRICIO tose llamándole la atención.)

Vamos, quiero, decir que es de mi promoción...

VICTORIA.- ¡Qué época aquella! Parese un sueno...

PATRICIO.- Y un whisky, Victoria, ¿le apetece?

VICTORIA.- Ya lo creo.

PATRICIO.- ¿Y a usted, Alejandra?

ALEJANDRA.- Yo bajo techado, soy abstemia, pero, al aire libre ya es otra cosa.

PATRICIO.- Pues en el jardín, entonces.

(PATRICIO y ALEJANDRA pasan delante del tresillo hacia la derecha, para torcer entonces, camino del foro. ÁNGEL y VICTORIA quedan en el extremo izquierda. MERCEDES parece dispuesta a seguir a PATRICIO y ALEJANDRA, pero RAIMUNDO, que está deseoso de hablar con ella, va a impedirselo.)

RAIMUNDO.- (Se sienta en el sofá, con el whisky en la mano que, a sorbos lentos y espaciados, irá bebiendo poco a poco. Y, claro está, aunque MERCEDES tiene pocos deseos de acompañarle, se sienta, también, obligada, a su lado.) El aire libre, el jardín, la Naturalesa... Sí, sí, no está mal... Pero un rincón íntimo, como este, y su compañía... A eso le llamo yo el Paraíso...

MERCEDES.- Qué simpático.

RAIMUNDO.- Lo he dicho siempre, desde que la vi por primera ves el

día de la Fiesta Patria: no hay quien tenga en la ciudad su inteligencia, su finura...

MERCEDES.- Cállese, por Dios, me siento confundida...

RAIMUNDO.- ¿Y si usted supiese la importancia que tiene para mí el que usted sea tan atractiva...?

MERCEDES.- Pobre de mí...

RAIMUNDO.- Porque he de hacerle a usted una confidencia: yo he preferido siempre tratar de los asuntos con las Embajadoras y no con los Embajadores.

MERCEDES.- Qué galante.

RAIMUNDO.- «¿Por qué no le dice usted a su esposo que mejore sus ofertas si quiere que prorrogemos el convenio sobre azúcares?»... Y al día siguiente el esposo, como si se le hubiera ocurrido a él mismo: «Señor Cansiller, creo que podríamos subir unos dólares el precio de la tonelada»...

MERCEDES.- ¡Qué gracioso!

RAIMUNDO.- «¡Qué bonita es la Gran Cruz de San Silvestre!» -por ejemplo-. Y a los pocos días: «Señor Cansiller: tengo el honor de anunciarle que nuestro Gobierno le ha concedido la Gran Cruz de San Silvestre». ¡Ah, las esposas de los diplomáticos! Delicado organismo.

MERCEDES.- Realmente, ¿cuántas cosas podría usted contar si quisiera! ¿Nunca se le ocurrió escribirlas?

RAIMUNDO.- No... ¿Memorias dice, por ejemplo?

MERCEDES.- Sí...

RAIMUNDO.- No, no, me caen muy antipáticas. Yo no, yo guardo papeles, documentos, cartas, eso sí, y que mis susodichas, si les divierte, los utilicen el día de mañana. Las cartas que me escriben, claro, porque yo, naturalmente, creo que he escrito algo así como tres o cuatro en mi vida, no más... Casi todo lo malo que pasa en esta vida es por escribir cartas. Nada de cartas. ¿Para qué ha permitido Dios Nuestro Señor que se inventara el teléfono?

MERCEDES.- Claro, claro...

RAIMUNDO.- A propósito de cartas... ¿sabe usted de quién he recibido hoy mismo una? Piense a ver.

MERCEDES.- ¿De Europa... o de América?

RAIMUNDO.- De América.

MERCEDES.- ¿Del Sur, del Centro o del Norte?

RAIMUNDO.- Qué manera de interrogar, Mercedes... Es usted temible.

MERCEDES.- Juego mucho a las adivinanzas, no lo olvide. Y conteste, que es una de las leyes del juego.

RAIMUNDO.- Del Norte...

MERCEDES.- ¿Y qué le cuentan los de la Oil Sactex Refinery...?

RAIMUNDO.- (Gran carcajada de AYMAT que MERCEDES secunda.) ¿Ve usted, señora, lo que le decía antes? Qué perspicacia la suya, qué sagacidad... ¡Las cartas al vuelo!... ¡Cuánto podría usted ayudar a su marido!... (Transición.) Claro que usted se morirá de deseos de saber de qué trataba la carta, ¿no?

MERCEDES.- (Con una actitud casi infantil.) Soy muy curiosa, no se lo niego.

RAIMUNDO.- Pues de las concesiones, hija, de las concesiones...

MERCEDES.- Ya...

RAIMUNDO.- Hay muchos golosos...

MERCEDES.- Me lo imagino.

RAIMUNDO.- Pero yo he dicho que americanitos, no.

MERCEDES.- (Que ve el cielo abierto.) ¡Ah!

RAIMUNDO.- Ya tenemos mucho de eso por todas partes, Europa para los americanos, pero no América, ¿verdad?

MERCEDES.- Claro, claro...

RAIMUNDO.- Y, principalmente, en las concesiones. Todas son de ellos. No, conviene llevar gente nueva... O sea, que si mi criterio sirve de algo, habrá que pensar en ustedes.

MERCEDES.- (Emocionada.) ¿En los españoles?

RAIMUNDO.- No, no corra tanto; en los europeos.

MERCEDES.- (Decepcionada.) ¡Ah!

RAIMUNDO.- Ya le he dicho que hay muchos golosos; hay un grupo belga y otro inglés, y una sociedad francesa... y ustedes...

MERCEDES.- Sí, Sí...

RAIMUNDO.- Cada uno siguiendo su caminito y haciendo su laborsita de encajes con más o menos filigranas... y engolosinándonos... y prometiéndonos el cielo y la tierra...

MERCEDES.- ¿Más que nosotros?

RAIMUNDO.- Pues... no... ¿Para qué mentir?... Pero lo mismo...

MERCEDES.- Vaya...

RAIMUNDO.- O sea que la balansa podrá inclinarse a derecha e izquierda, con una presión que se haga, por pequeña que sea.

MERCEDES.- El problema consiste en saber de qué forma se puede hacer esa presión para vencer a los competidores, y cerca de quién. (Casi mimosa.) ¿Comprende?

RAIMUNDO.- ¿Cómo no m'hijita, cómo no? ¿Sabe usted quién podría ser decisivo?...

MERCEDES.- (Anhelante.) ¿Quién?

RAIMUNDO.- Adrián Elisaga es su nombre...

MERCEDES.- ¿Cómo?

RAIMUNDO.- (Levemente.) ¿Le conoce usted?

MERCEDES.- Yo, no, ¿Usted sí?

RAIMUNDO.- (Ambiguamente.) Sí... le conozco.

RAIMUNDO.- Es un hombre extraño. Tiene una pasión: el poder. Y una religión: la belleza. ¿A, usted le gustaría conocerle...?

MERCEDES.- La verdad, no había pensado en eso... (Exploratoria.) Podría invitarle mi marido.

RAIMUNDO.- Qué desasierto sería ese, amiga mía... Déjese usted de meter en danza al marido para estas cosas... Las mujeres son mucho más eficaces... por sí solas... Este Elisaga de quien le hablo tiene una especie de casa lacustre serquita del río Ñate... A veinte minutos del coche... Nos ofrecería seguramente una tasita de té.

MERCEDES.- Ah..., ¿usted vendría?

RAIMUNDO.- Por supuesto, m'hijita... Elisaga y yo, somos inseparables.

MERCEDES.- Ya...

RAIMUNDO.- Piénselo usted, Mercedes... Y no se demore; es un consejo. Lo de las condesiones, no es que vaya a resolverse el lunes, aunque yo he dejado correr esa especie para desorientar incautos, pero sí antes del día quince... Y es preferible hablarle antes que después.

MERCEDES.- Lo comprendo.

RAIMUNDO.- Me daría mucho plaser que me dijese al teléfono cualquier mañana de estas... lo que se le ocurra sobre ese hombre extraño: Adrián Elisaga...

MERCEDES.- Conforme, conforme...

RAIMUNDO.- (Transición. Súbitamente.) ¡Ah! ¿Qué tendrá esta Legasión, que se va en ella el tiempo sin sentir? ¿Sabe usted qué hora es? Las dose, m'hijita... Hay que marcharse.

(Se pone de pie. MERCEDES, igualmente, con aire preocupado. RAIMUNDO se acerca al foro.)

¡Alejandra! Muchas gracias por haber lusido mi orquídea. Es mi flor preferida...

ALEJANDRA.- (Por el foro con PATRICIO.) Las dose, Mundito, y mañana has de levantarte temprano.

RAIMUNDO.- Nos vamos, Ministro...

PATRICIO.- Nos ha halagado de verdad tenerles entre nosotros.

RAIMUNDO.- Hasta pronto, espero.

ALEJANDRA.- Adiós, Mercedes. Ha sido una noche encantadora. (Y hace mutis por el foro.)

MERCEDES.- Créame que lo celebro.

PATRICIO.- (Se asoma por la lateral derecha.) ¡Frutos, Frutos! (Desde dentro.) ¡Avisen el coche del señor Canciller!

(Cuando vuelve es a tiempo de ver a RAIMUNDO besar la mano que MERCEDES le tiende. No es, no, un beso de pura cortesía. MERCEDES lo nota y lo acepta. PATRICIO pestaña, un poco extrañado de su prolongación. RAIMUNDO le da la espalda y, por tanto, no advierte su presencia. MERCEDES sí, y acaso enardecida por ello, no hace nada para abreviarlo. Todas las cosas tienen su término y esta, al fin, conoce el suyo.)

RAIMUNDO.- (Apretando ahora la mano que besó tan significativamente. En voz baja.) Buenas noches.

(Mutis por el foro. Un segundo, PATRICIO y MERCEDES quedan frente a frente.)

MERCEDES.- Acto de servicio, Patricio, acto de servicio...

(Seguramente PATRICIO va a contestar algo, pero una rotunda carcajada de VICTORIA se lo impide. VICTORIA entra por el foro. Con ella llegan RUIZ ANOY, EL POETA ARENALES, SANCHÍS, LUCHI y ÁNGEL. La

escena de las despedidas, hasta el diálogo de PATRICIO y MERCEDES, ha de llevarse a un ritmo vivacísimo y despacharse en un minuto.)

VICTORIA.- Mis muy queridos amigos; permítannos que, de nuevo, les expresemos nuestras más sinseras gracias por esta comida encantadora. Guardaremos de ella un imborrable recerdo (Se corrige a sí misma.) ¡Huy qué errata!... Equis, equis... Recuerdo. Ya me entiende, ¿no? Siempre suyos muy devotos...

(Da la mano a MERCEDES y se va por la derecha.)

RUIZ ANOY.- Buenas noches, señora.

MERCEDES.- Buenas noches.

VICTORIA.- (De nuevo por la derecha.) ¿Me permite, Mercedes, una postdata? (Confidencialmente.) Lleva un vestido presioso.

MERCEDES.- Qué alegría que le guste.

(Mutis definitivo de VICTORIA.)

ARENALES.- Hasta mañana.

MERCEDES.- Buenas noches.

(Mutis de ARENALES por la derecha.)

FLORIÁN.- Muchas gracias por todo, ministra encantadora.

MERCEDES.- Adiós, Florián.

(Mutis de FLORIÁN.)

LUCHI.- Adiós, Mercedes.

(Se besan.)

MERCEDES.- Adiós, Luchi. (Con cierta malicia.) Tenemos que hablar de muchas cosas...

LUCHI.- Ya te contaré...

(Mutis, como todos los demás, por la derecha. ÁNGEL sale con ellos. PATRICIO entra por el foro y sale por la derecha, detrás de sus invitados. MERCEDES les dice adiós con la mano y, visiblemente

abstraída en sus pensamientos, se sienta en el sofá. Así permanece unos segundos. OCTAVIA, de retirada, entra por la derecha.)

MERCEDES.- Váyase a descansar, Octavia. Es muy tarde. ¡Ah! y por cierto, tengo una noticia para usted. Mañana traerán, la nueva radio y podrá manejarla a su gusto.

OCTAVIA.- ¡Huy, qué alegría! Muchas gracias, señora.

MERCEDES.- Adiós.

(Mutis de OCTAVIA por la izquierda. Nueva pausa.)

PATRICIO.- (Por la derecha.) Bueno, se acabó...

(Se sienta también en el sofá, con cierto aire fatigado y saca un cigarrillo, que enciende con parsimonia y del que lanza, en silencio, algunas bocanadas.)

MERCEDES.- Patricio, eso de las concesiones; ¿es algo de verdadera importancia?

PATRICIO.- Imagínate que en lugar de una compañía extranjera sea una compañía española la que adquiera la propiedad de unos terrenos petrolíferos...

MERCEDES.- Ya.

PATRICIO.- Para España supondría un ahorro de divisas enorme, la posibilidad de fijar los precios que le conviniera, qué sé yo, mil cosas.

MERCEDES.- Por eso, tú estabas dispuesto a no escatimar esfuerzo ninguno con tal de triunfar, ¿no?

PATRICIO.- (Alegre creyendo que, en vista de las circunstancias le va a autorizar ciertas libertades.) Naturalmente, Mercedes. ¿Cómo piensas que si se tratase de algo de tres al cuarto... yo... fuera a emplearme a fondo?

MERCEDES.- Claro, claro...

PATRICIO.- Porque te he hablado de las ventajas para España, pero no te he dicho una sola palabra de las ventajas para mí.

MERCEDES.- Ya...

PATRICIO.- Esto me valdría, vamos, me juego la cabeza, una Embajada como una casa y desde luego... (Se contiene.)

MERCEDES.- ¿Qué?

PATRICIO.- No, es que como tú tienes esa idea tan especial sobre las condecoraciones, no sé si decirte...

MERCEDES.- Dime, dime...

PATRICIO.- Sencillamente, la Gran Cruz de Isabel la Católica, así, como lo oyes, o no hay justicia sobre la Tierra.

MERCEDES.- Pues, mira, me parece que estás a punto de salirte con la tuya.

PATRICIO.- Naturalmente, Mercedes. Esa es mi impresión. (Se franquea.) Ah, lo que me alegra el verte tan comprensiva, el darme

cuenta de que, por vez primera, puedo hacerte confidencias sin que me abrimes con celos absurdos. Si yo te quiero sólo a ti, Picuqui, ¿o es que no lo sabes? Sólo que, conforme te he dicho muchas veces, el deber, por encima de todo. Se me han dado unas consignas que son sagradas y he de cumplirlas, aunque el hacerlo me exija... ciertas cosas, que hoy, desde que tú entraste en mi vida, me cuestan un sacrificio tremendo.

MERCEDES.- Claro, claro... O sea, que tú, en esa línea de sacrificio, ¿hasta dónde llegarías?

PATRICIO.- ¿Cómo?

MERCEDES.- Sí, sí; ya me entiendes, ¿no?

PATRICIO.- Mujer, sí y no.

MERCEDES.- (Se ríe.) Casi estoy por preguntarte... hasta dónde has llegado...

PATRICIO.- (Vuelve a reírse un poco violento.) ¡Bah...!

MERCEDES.- Porque... no me negarás que Alejandra te da pie...

PATRICIO.- (Vaguísimamente.) ¡Psch!...

MERCEDES.- ¿Qué hay entre Alejandra y tú? ¿Ha abusado de tu devoción por el servicio? ¿Te ha llevado al río creyendo que eras mozuelo...?

PATRICIO.- (Casi sin modular.) Eh, eh, no seas chiquilla...

MERCEDES.- Si sé que es tu amante, hombre, no me andes con rodeos.

PATRICIO.- (Sin negarlo.) Bueno, basta de bobaditas, ¿quieres?

MERCEDES.- De eso hay por todas partes, Valladolid inclusive. Ñeca Carvajal, por ejemplo. A esa no le bastan los dedos de la mano para contar sus aventuras. Y mira, simpática, lo es hasta decir basta.

PATRICIO.- Yo vengo observando que a las mujeres honradas, las que tienen un amante las produce cierta prevención; pero las que han tenido muchos, les causan una especie de deslumbramiento.

MERCEDES.- Ñeca es como para deslumbrar a cualquiera. Y también tenemos conquistadores, no te creas, Jacobito Ugarte, sin ir más lejos. Ahora que entre tú y él -y no es que intente compararos, no- hay una diferencia esencial: Jacobito es un sinvergüenza y tú eres un funcionario pundonoroso.

PATRICIO.- (Desazonado.) Mira, Picuqui, déjate de hacer comparaciones y óyeme: el lunes se adjudican las concesiones en un sentido o en otro...

MERCEDES.- (Con una imperceptible burla.) Vaya...

PATRICIO.- (Cortado.) ¿Cómo vaya?

MERCEDES.- Sigue, hombre, sigue.

PATRICIO.- Un sólo enemigo: Norteamérica.

MERCEDES.- Ah, ¿sí?

PATRICIO.- El resto... (Hace un ademán tajante.) Pfff, eliminado.

MERCEDES.- Mira qué bueno.

PATRICIO.- Oye, Mercedes: ¿me estás tomando el pelo?

MERCEDES.- No, no... ¿a quién se le ocurre? Pero mis noticias son otras,

PATRICIO.- ¿Tus noticias?

MERCEDES.- Escucha, Patricio. ¿Tú conoces a Adrián Elizaga?

PATRICIO.- Ni por lo más remoto.

MERCEDES.- Pues ese es el que ata y desata en este asunto.

PATRICIO.- (Se ríe a carcajadas.) ¡Pobre Picuqui, metida ella en estos líos y creyendo que está ya al cabo de la calle! No, Mercedes, no. El que ata y desata, como tú dices, no es Adrián Elizaga, qué maldito si lo he oído nombrar, sino Raimundo Aymat, el Canciller.

¿Te enteras?

MERCEDES.- Claro que sí, Patricio. Lo que pasa es que Adrián Elizaga y Raimundo Aymat son la misma persona.

PATRICIO.- (Seriamente. Sorprendido.) ¿Cómo?

MERCEDES.- Adrián Elizaga es un seudónimo, ¿entiendes?

PATRICIO.- Poco...

MERCEDES.- El Canciller es un hombre extraño... «Tiene una pasión: el poder. Y una religión: la belleza». Los asuntos de la religión, parece que los ha delegado en Adrián Elizaga. ¿Te das cuenta?

PATRICIO.- A medias.

MERCEDES.- El Canciller es el que vive en la Cancillería. Adrián Elizaga, en una casita lacustre, en el Ñaque; el Canciller es el que firma y desfirma, según le apetece; Elizaga, el que ronda y corteja y manda orquídeas; el Canciller es el que gobierna, y Elizaga el que enamora... ¿Entiendes mejor ya?

PATRICIO.- Creo que sí.

MERCEDES.- Y como parece ser que la ventolera, le ha dado por mí, yo estoy en condiciones excepcionales para moverle en un sentido o en otro.

PATRICIO.- ¿Tú?

MERCEDES.- Sí, hijo, sí, yo. ¿Te asombra?

PATRICIO.- No, no...

MERCEDES.- Desde hace ya bastantes días, llega a esta casa una orquídea. Hoy he sabido quién es el que la manda.

PATRICIO.- ¿El Canciller?

MERCEDES.- Justo. Parece que no hay grandes diferencias entre lo que ofrecen los belgas, los franceses y nosotros. Y si las hay, yo puedo salvarlas... ¿Comprendes? Y ahora de lo que se trata es que tú me digas lo que debo hacer. Si crees que debo poner buena cara a... Elizaga y hasta dónde.

PATRICIO.- Ni buena ni mala; mañana mismo sales para Valladolid...

MERCEDES.- ¡Ay, no, hijo mío, eso sí que no! Me encuentro en la gloria aquí.

PATRICIO.- ¡Mercedes!

MERCEDES.- Lo primero que deberás hacer es conservar tu calma. Piensa que estoy en condiciones excepcionales de prestar un servicio importante a España.

PATRICIO.- ¡Mercedes!

MERCEDES.- Sin excitarse, Patricio. ¿Crees que eso no me tienta? También yo soy muy sensible a cuanto me has dicho del problema de los carburantes...

PATRICIO.- ¡Mercedes!

MERCEDES.- Y piensa igualmente que si yo debo perdonar tus libertades por el bien del país, tú puedes perdonar las mías por la

misma causa.

PATRICIO.- No pretenderás comparar una cosa con otra.

MERCEDES.- Ya salieron a relucir vuestros privilegios masculinos. No dudo que un día u otro acabará publicándose algo así como el Fuero de los maridos españoles.

PATRICIO.- Supongo que no dirás que tienen la misma importancia vuestras infidelidades que las nuestras.

MERCEDES.- Ante la sociedad, ya sé que no, en sus consecuencias tampoco; pero lo que hay de engaño, de desprecio a quien nos quiere, de humillación, duele tanto, por lo menos, en nuestro corazón como en el vuestro.

PATRICIO.- Nosotros podemos ser infieles a flor de piel; vosotras, cuando lo sois, lo sois a fondo.

MERCEDES.- Pero es quizá más limpio. Para ser infieles, nos hace falta amor; a vosotros, os basta la curiosidad... o el apetito. En fin, ahora espero tus instrucciones. Si me dejo apretar la manita, hablo, ya te supondrás, simbólicamente, triunfas, si no, fracasas.

PATRICIO.- Muy bien. O sea que, según tú, la alternativa es esta: o hacerme polvo yo como marido, o hacer polvo al país.

MERCEDES.- Quizá.

PATRICIO.- También puedo tirar por la calle de enmedio.

MERCEDES.- ¿Cuál es esa calle?

PATRICIO.- Dimitir.

MERCEDES.- ¿Dimitir? ¡Jesús, qué arcaísmo! Eso ya no se lleva...

PATRICIO.- Por de pronto, e insistiendo en lo que te he dicho antes, mañana sales para tu ciudad natal.

MERCEDES.- Con lo cual haces polvo al país y cometes una injusticia de campeonato. Porque ya me dirás tú qué culpa tengo yo de que el Canciller crea que soy la Venus de Milo.

PATRICIO.- Si les mando la Venus de Milo, en Valladolid se van a volver locos de alegría.

MERCEDES.- Naturalmente, me tendrás que embalar, Patricio, porque así como estoy, no me sube al avión ni el lucero del alba. Sólo atadita de pies y manos...

PATRICIO.- Por Dios, de manos... la Venus de Milo... Ya me lo contarás mañana.

MERCEDES.- Bueno, Patricio, pues entonces, disponte a vencer a Bélgica y a Francia y a la Oil Sactex Refinery, solamente con tus encantos personales.

PATRICIO.- ¡Mercedes!

MERCEDES.- ¡He terminado! (Se va airadamente por la izquierda.)

PATRICIO.- ¡Mercedes! ¡Mercedes! ¡Mercedes...! Nada; es inútil. (Se queda solo, se sienta en el sofá preocupado.) ¿Y cómo explico yo lo que me pasa en el Ministerio?

OSCURO

Epílogo

El mismo decorado. En el primer término, izquierda, una maravillosa radio de consola. Luz de día. Sobre la mesita, que hay en primer término, se ven cables, cartas y telegramas.

Sentado en el sofá, con aire cejijunto, PATRICIO. Viste traje de calle. OCTAVIA, armada de una bayeta, limpia la radio, llena de unción, como si fuese una imagen. A los pocos segundos, ÁNGEL entra por la derecha. Trae, también, algunos cables más, y la expresión risueña.

ÁNGEL.- Querido Ministro: siguen recibándose felicitaciones de los cinco continentes. Esta es de Paco Selva que, como sabes, va destinado a Protocolo. «Enhorabuena éxito. No hay promoción que nos iguale». Bueno. (Masculla entre dientes.) Apreciaciones de Paco... Esta otra del Círculo de Navia. Muy lacónica, pero graciosa. No dice más que «¡Olé!» ¿Qué te parece?

PATRICIO.- Una bobada. ¿Quién les mete a los hijos de Navia a decir ¡Olé!? Eso que lo hagan los hijos de Triana o los del Puerto de Santa María. Pero los de Navia... ¡Olé! igual que si hubiese matado de una estocada.

ÁNGEL.- Pero, ¿qué te sucede, Ministro? ¿Cómo es posible que estés de mal humor con lo que ha pasado? Si es un triunfo en toda la línea. «Acuerdo de la Cancillería otorgando a la Copesa la explotación de los terrenos petrolíferos de la Zona de Arajuy en las condiciones estipuladas». ¡Es para caerse de espaldas!

PATRICIO.- Sí, ya lo sé, Ángel.

ÁNGEL.- ¿Y el detalle del Canciller dando la noticia a Mercedes con una orquídea? ¡Es estupendo!... «Dígaselo con flores»... Sí, señor. Claro que, en este caso, aunque lo hubiera dicho con cardos...

PATRICIO.- ¿Puedes callarte, Ángel?

ÁNGEL.- ¡Ay, Ministro! Tú mandas. Lo que es por mí, punto en boca.

PATRICIO.- (A OCTAVIA. Malhumoradamente.) Y usted, ¿qué hace ahí desde las tres de la tarde?

OCTAVIA.- Limpiando la radio, señor Ministro. Que todo cuidado es poco. Imagínese que le entra el polvo, y...

PATRICIO.- Por mucho que la limpie no va usted a oír Radiobilbao.

OCTAVIA.- Huy, de eso ya estoy desengañada... Pero mañana transmiten desde Arganda «El caserío». Y eso es una aproximación.

PATRICIO.- Bueno, pues mañana será otro día. Hoy ya está bien.
Limpie la aspiradora si quiere...
OCTAVIA.- ¿La aspiradora?
PATRICIO.- O la lavadora... o el teléfono..., pero déjenos.
OCTAVIA.- Como guste, señor.

(Y hace mutis azoradísima por la izquierda.)

PATRICIO.- Y tú. Toma nota. Es un telegrama al Ministro. (ÁNGEL se sirve de uno de los cables que traía.) «Concluidas gestiones encomendadas, solicito, con todo respeto, rápido traslado razones privadas expondré en su día personalmente a Su Excelencia».

¿Entendido?

ÁNGEL.- No me digas más... Mercedes.

PATRICIO.- (Con una contenida cólera.) ¿A qué té refieres?

ÁNGEL.- ¿A qué ha de ser, si está claro como el agua?

PATRICIO.- ¿Qué es lo que está claro?

ÁNGEL.- Lo de Alejandra.

PATRICIO.- (Larga pausa.) ¡Ah!

ÁNGEL.- Se ha roto la cuerda, ¿no?

PATRICIO.- Dejemos eso, Ángel.

ÁNGEL.- Francamente, Ministro -y perdóname si me meto donde nadie me llama-. Mercedes debía darse cuenta de las cosas y demostrar cierta grandeza de ánimo. Desde que tengo uso de razón, no he conocido un flirt tan noble como el tuyo.

PATRICIO.- ¿Sí?...

ÁNGEL.- Y es lástima que por unos celos un poco... infantiles... dejes una situación como la que tienes, querido Patricio. Yo ya advertí la importancia de la cosa cuando ella intentó marcharse a España hace un par de semanas. La que a mí se me escape...

PATRICIO.- Ya...

ÁNGEL.- Hubo un momento en el que me pareció que cedías. Llegaste a encargarme el billete, ¿te acuerdas?

PATRICIO.- Sí, claro...

ÁNGEL.- Hasta que te impusiste rotundamente. Bien hecho, Patricio. Se acabó el viaje. ¿Qué es eso de irse a España, así como así, por una rabieta de niña pequeña? Pues, hombre, ¿qué más querrían las compañías de aviación que a cada golpe de celos vender una plaza? Bueno se pondría el Atlántico.

PATRICIO.- Ángel, tus comentarios son muy sagaces y veo que, en efecto, no se te escapa nada; pero no hablemos más. Cifra ese telegrama y listos.

ÁNGEL.- Muy bien. (Va a hacer mutis.) Buenas tardes, Mercedes.

(MERCEDES entra por la izquierda. Viene resplandeciente de bonita y dispuesta a salir a la calle. PATRICIO, que no la había visto, se vuelve al ser informado por ÁNGEL de su presencia)

MERCEDES.- Buenas tardes, Ángel. ¿Contento?

ÁNGEL.- Claro, claro...

MERCEDES.- Todos pusisteis vuestro granito de arena, sí, señor. Sin quitar méritos a la contribución del ministro, naturalmente. Pero tú has trabajado lo tuyo. Como Octavia en su esfera y Frutos, y el cocinero... ¿O es que el tournedó farci de la otra noche no fue un arma de seducción también?

ÁNGEL.- Claro, claro...

(Suena el teléfono, que MERCEDES descuelga.)

MERCEDES.- Dígame... Ah, sí... Espere un momento... (Se lo pasa a ÁNGEL)

ÁNGEL.- ¿Quién es? ¡Ah, Focelos!... (Dirige una mirada de socorro al Ministro.) ¿Qué es de su vida? ... Ya, ya... (A PATRICIO en voz baja.) Que están entusiasmados con lo de la Copesa y que vienen aquí a cantar «Negra sombra».

PATRICIO.- No, por Dios, que se dejen de cantos, que ya tendremos ocasión de...

ÁNGEL.- Óigame, Focelos...

(La línea se ha cortado.)

Focelos... Focelos... Se ha ido. Te advierto que más que para pedir permiso, llamaba para notificarnos un acuerdo. ¿Qué más te da? Le oyes y listo.

PATRICIO.- No, no, de ninguna manera. Telefonéales y diles que tengo que salir al Ministerio, que en otro momento...

ÁNGEL.- A un Orfeón, decidido a cantar, se le para más difícilmente que al huracán Gilda.

PATRICIO.- Inténtalo, por lo menos.

(Se oye lejanamente un rumor ya de tormenta, ya de artillería. La distancia no permite clasificarlo con exactitud. Salvo a ÁNGEL, certero y clarividente, según su costumbre.)

ÁNGEL.- Vaya, tronada a la vista.

MERCEDES.- ¿Es posible? Nadie lo diría...

ÁNGEL.- En estos climas, las tormentas se forman en pocos segundos. Y son fuertes, no creas.

MERCEDES.- Me marcho entonces, antes de que empiece.

ÁNGEL.- Voy a ver si cazo a Focelos...

(Mutis de ÁNGEL por la derecha: MERCEDES se dispone a seguirle)

PATRICIO.- Un minuto, Mercedes, si no te importa.

MERCEDES.- Déjame, que voy con prisa.

PATRICIO.- Escucha, Mercedes...

(Mira por todas partes deseoso de evitar curiosos. Después coge a

MERCEDES de la mano y la emplaza en el primer término de la escena.)

Deseo saber si la rebaja de precio de la gasolina en España se va a hacer o no, a costa mía.

MERCEDES.- ¿Jesús, qué pregunta más rara!

PATRICIO.- Se han acabado las excusas, el escurrir el bulto, como lo estás, haciendo desde que se publicó lo de Copesa. Ahora quiero que me contestes claramente, sí o no.

MERCEDES.- ¿Y a qué quieres que te conteste?

PATRICIO.- El Canciller ofreció la concesión a cambio... de cierta sonrisa. ¿Has sonreído tú al Canciller?

MERCEDES.- Patricio: yo sonrío a todo el mundo...

PATRICIO.- ¡Mercedes!

MERCEDES.- Así me lo has aconsejado muchas veces.

PATRICIO.- Por desgracia, para mí, estamos hablando de sonrisas convencionalmente. Dime, Mercedes, ¿has vuelto a ver al Canciller desde la noche de la cena?

MERCEDES.- (Borrosamente.) Al Canciller, no.

PATRICIO.- ¿Me lo juras?

MERCEDES.- Qué manera de ponerme contra la pared... Al Canciller no lo he visto... Ahora, a Adrián Elizaga...

PATRICIO.- ¿No quedamos en que es la misma persona?

MERCEDES.- ¿Cómo te lo explicaría? Adrián Elizaga es el Canciller, pero de paisano.

PATRICIO.- ¿Qué? ¿Has visto a Adrián Elizaga? ¡Dime la verdad de una vez!

MERCEDES.- ¡Ah!

PATRICIO.- Me está bien empleado. He tardado en casarme, Mercedes. He tenido una vida bastante tormentosa, me he movido en ciertos ambientes un poco libres, y sin grandes prejuicios, por mi parte, ¿para qué ocultártelo?, y cuando me ha llegado la hora de formar una familia, me he dicho: ¡Hombre, una chica de Valladolid, tiene que dar un resultado excelente!... La vieja España, el corazón de Castilla. «Lo que el viento se llevó». 3, Melodías de Broadway, 4, sólo para adultos, pocas piscinitas, nada de boîtes... ¿Qué más garantías puede pedir uno? Y mira por dónde, a la primera ocasión, y apenas la pongo a prueba...

MERCEDES.- Cuidado, Patricio, no desbarres...

PATRICIO.- ¿Has visto o no a Adrián Elizaga?

MERCEDES.- ¡Te he dicho que no! (Pausa. Muy lentamente.) Pero le he hablado.

PATRICIO.- ¡Ah! ¿Y de qué habéis hablado?

MERCEDES.- Le he dado cordel, Patricio.

PATRICIO.- (Le rechinan los dientes. Con una siniestra sonrisa.)

¿Y qué alcance tiene esa expresión encantadora?

MERCEDES.- (Intimidada, como Desdémona ante Otelo.) Me asustas, Patricio...

PATRICIO.- Dime... ¿qué significa eso de que le has dado cordel?...

¿Le has dejado que se hiciera ilusiones?... «Hoy, no... No venga usted tan de prisa... Qué impetuosos son ustedes los cancilleres...

Más adelante... ¿Cómo pretende que le haga concesiones, si ustedes no nos las hacen?»... (Se interrumpe súbitamente. Se le ocurre de pronto que eso es, en efecto, lo que ha podido decir MERCEDES.) A lo mejor, tú has insinuado que... después de las concesiones... vendrían las tuyas... (Le espanta oírse a sí mismo y las últimas palabras apenas si las pronuncia.) Pero, Mercedes... (Se le nota abrumado, deshecho.)

MERCEDES.- (Convicta y confesa.) Me he portado mal, ¿verdad?

PATRICIO.- Pero, Mercedes... (Se desploma en el sofá.)

MERCEDES.- ¿Y qué querías que hiciese, Patricio? Insistía de tal modo en que tomásemos una taza de té juntos, que yo pensé que... si lo rechazaba... nos quedábamos para toda la vida sin más gasolina que la de Escombreras...

PATRICIO.- ¿Y qué prometiste?

MERCEDES.- Que al día siguiente de la concesión... tomaríamos el té...

PATRICIO.- El día siguiente... o sea, hoy... a las cinco, claro... que es cuando se toma el té. (Ruge casi.) ¡Y son las cuatro y media!... Luego tú, ahora... ibas a...

MERCEDES.- (Tenuemente.) Tomar el té.

PATRICIO.- Pero eso es monstruoso, Mercedes.

MERCEDES.- Tú me has hecho sufrir mucho, Patricio.

PATRICIO.- ¿Yo?

MERCEDES.- Sí, tú, y yo quería vengarme un poco.

PATRICIO.- (Exasperadísimo.) ¡Basta!

MERCEDES.- Y luego, que el Canciller ha respondido de una manera...

PATRICIO.- No supondrás que la concesión es obra tuya... Vete tú a saber qué razones secretas han hecho que seamos los afortunados. Presumo que esto, más que una victoria nuestra, es una derrota ajena. En todo ese juego, la famosa taza de té de hoy, es un plus que quería apuntarse en su cuenta privada el Canciller...

MERCEDES.- Tampoco creo yo que haya que deber nada a la Cancillera...

PATRICIO.- Puede que no.

MERCEDES.- O sea que, en realidad, si tú hubieses planteado las cosas desde el primer instante como es debido, nos habríamos ahorrado estas historias.

PATRICIO.- Bueno, dejémonos de lamentaciones y...

(MERCEDES, súbitamente, se echa a llorar.)

¿Qué te pasa, Mercedes? Mercedes, te suplico, ¿qué tienes?

MERCEDES.- No, no... nada, Patricio, nada.

PATRICIO.- Pero ¿por qué lloras?

MERCEDES.- (Se enjuga las lágrimas.) Vas a reírte de mí, si te lo digo...

PATRICIO.- No, mujer, ¿cómo se te ocurre?

MERCEDES.- Es que, de pronto... he pensado que, si hubiese dejado de quererte... y fuese a hacer una tontería... lo primero que sentiría es pena... ¿me comprendes, Patricio? Y estoy segura de que todas las mujeres que han estado enamoradas de sus maridos y que

después se desenamorán por culpa de ellos, cuando van la primera tarde... a tomar la primera taza de té... lo que sienten en el fondo de su alma, es pena.

PATRICIO.- Tienes razón, Mercedes, la infidelidad, siempre es triste. (Transición.) Pero, tú, ¿has dejado de quererme?

MERCEDES.- ¡Oh, no, eso nunca, Patricio!... En Valladolid somos buena gente.

PATRICIO.- ¡Amor mío!

(La besa en los labios con pasión. Algo más próximos que antes, se oyen de nuevo truenos o cañonazos. Tienen que repetirse para que corten el beso que reconcilia a los dos esposos. Simultáneamente OCTAVIA aparece por la izquierda.)

¿Qué pasa?

MERCEDES.- Es una tronada, Patricio... En casa, ¿sabes lo que hacemos? Encendemos una vela y decimos: Santa Bárbara Bendita, que en el cielo estás escrita; con papel, y agua bendita...

PATRICIO.- Calla, calla...

(Abre la puerta del foro.)

OCTAVIA.- Un trueno muy raro, ¿verdad, señor Ministro?... Y el día no está para eso.

PATRICIO.- (Oído avizor.) Un momento, un momento...

(Transición.) Dígale al señor Enríquez que venga en seguida.

(Mutis de OCTAVIA por la derecha.)

MERCEDES.- ¿Sucede algo, Patricio?

PATRICIO.- No sé. (Se le ocurre de pronto ir al teléfono. Lo descuelga.) Está muerto.

MERCEDES.- Hombre, tendrá avería...

PATRICIO.- (Insiste en querer comunicar.) Parece como si lo hubiesen cortado...

MERCEDES.- ¡Ay, no me asustes!

PATRICIO.- (Escucha de nuevo.) ¿No oyes?

MERCEDES.- Sí... cañonazos, ¿no?

PATRICIO.- Eso me temo.

ÁNGEL.- (Por la derecha, seguido de OCTAVIA.) Vaya tormenta que se prepara, ¿habéis visto?

PATRICIO.- ¿Funciona el teléfono de la oficina?

ÁNGEL.- No, se estropeó. Quise llamar a Focelos y me fue imposible.

(PATRICIO cae como un plantígrado sobre la radio y se pone a buscar nerviosamente una estación con la que, al parecer, no da al

principio. Se suceden a ráfagas músicas, diversas, palabras en idiomas extraños.)

PATRICIO.- ¿Dónde demonios anda Radiosur?

OCTAVIA.- Emite en ondas de veintidós metros, señor Ministro, y Radionorte en ondas de veinte.

PATRICIO.- (Nervioso.) Busque una de las dos, Octavia.

OCTAVIA.- Sí, señor Ministro.

(En seguida se oye la voz del LOCUTOR que habla con marcado acento hispanoamericano.)

LOCUTOR.- ...ponsables de los nefastos rumbos que seguía nuestra Patria. El concupiscente, venal y libidinoso ex Canciller Raimundo Aymat ha huido de la Cancillería, así como sus secuaces. En estos momentos, las tropas han ocupado los Ministerios y el heroico comandante García Venacci, que mandaba la guarnición de Anabique, está siendo encargado por el Presidente de la formación de un nuevo Gobierno. Transmitiremos nuevas noticias dentro de diez minutos. Ciudadanos: patriotismo, hombría y coraje: ese es el lema de García Venacci, que hacemos nuestro desde ahora. ¡Viva la Nación!

(Al iniciarse las primeras notas de un presunto himno nacional, FRUTOS llega por la derecha.)

FRUTOS.- Señor ministro...

PATRICIO.- (Apaga la radio.) ¿Qué pasa?

FRUTOS.- El señor Canciller y su esposa acaban de llegar y desean ser recibidos con urgencia por el señor Ministro.

PATRICIO.- No...

ÁNGEL.- Las concesiones, al foso.

PATRICIO.- ¿Crees tú?

ÁNGEL.- Como que me llamo Ángel. Voy a recibirles. (Mutis por la derecha.)

PATRICIO.- (A MERCEDES.) Sería la primera vez que acertase. Ahora ya no lo dudo, las concesiones son nuestras.

MERCEDES.- ¿Pero a qué viene aquí el Canciller?

PATRICIO.- ¿Es que no lo adivinas?

(ÁNGEL regresa por la derecha. PATRICIO le brinda la respuesta.)

ÁNGEL.- El Canciller y su esposa piden asilo.

PATRICIO.- Es la gran hora de nuestra carrera. Diles que España les acoge bajo su pabellón.

(Las huestes de Focelos acometen en este momento, precedidas de

gaita y tamboril, una canción gallega. Todos se miran sin entender lo que pasa.)

ÁNGEL.- Apaguemos la radio. No me parece oportuno...

PATRICIO.- ¡Qué radio ni qué demonio! Es Focelos, que está en la luna...

ÁNGEL.- ¡Pues sí que es ocasión de serenatas!

PATRICIO.- (Un poco excitado.) Ángel: a los señores de Aymat, que pasen; a Focelos, que se vaya con viento fresco. Y usted, Octavia, sírvanos a todos una taza de té...

(Mira a MERCEDES significativamente, mientras cae el...)

TELÓN

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace. www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

